

BOLSILIBROS

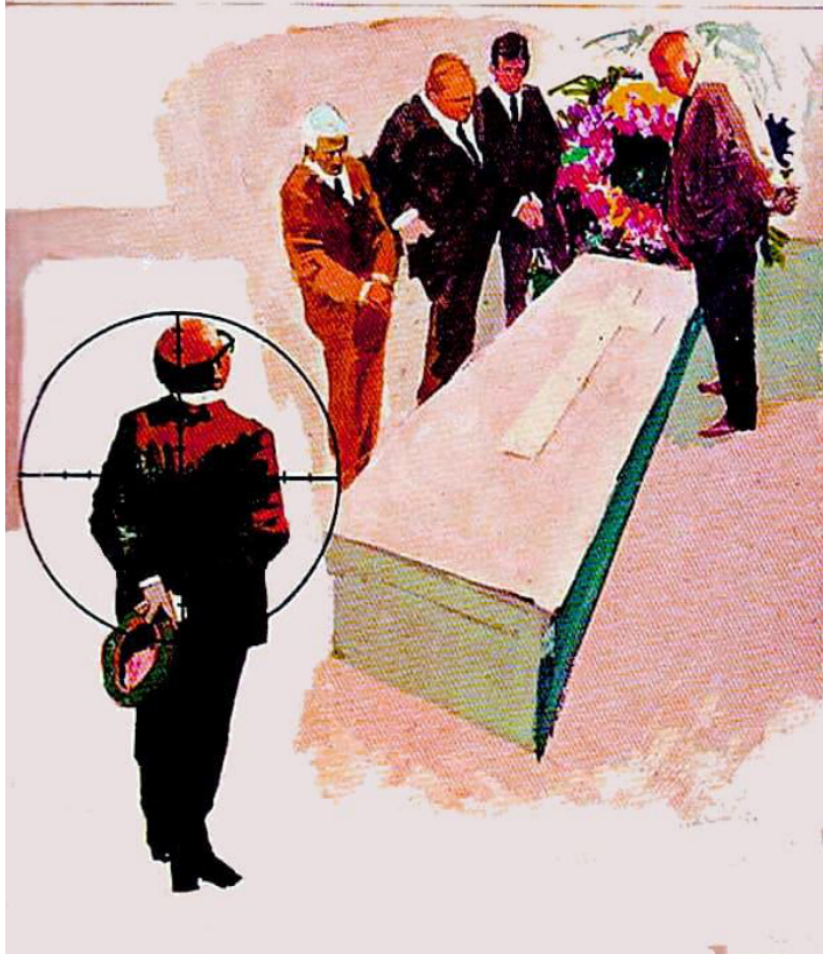
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

el precio de un asesino

burton hare



Físicamente, era un hombrecillo ridículo, enclenque, de tez pálida y arrugada como el pergamino. Tenía la nariz ganchuda, los labios delgados como un corte en medio de la cara y los ojillos hundidos, malignos, en los que se reflejaba tanto la codicia como toda la maldad del infierno.

Eso era físicamente.

Un hombre ridículo, insignificante.



Burton Hare

El precio de un asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1235

ePub r1.0

Titivillus 07-12-2019

Título original: *El precio de un asesino*
Burton Hare, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Físicamente, era un hombrecillo ridículo, enclenque, de tez pálida y arrugada como el pergamino. Tenía la nariz ganchuda, los labios delgados como un corte en medio de la cara y los ojillos hundidos, malignos, en los que se reflejaba tanto la codicia como toda la maldad del infierno.

Eso era físicamente.

Un hombre ridículo, insignificante.

En otros aspectos no tenía nada de insignificante, puesto que había provocado guerras y revoluciones a su antojo, sólo por la codicia de vender ingentes cantidades de armas a ambos bandos en lucha.

Tenía poder.

Tenía una fortuna incalculable.

No tenía entrañas ni escrúpulos.

Y debía morir.

Aunque esto último, por supuesto, él no lo sabía.

Él se sentía seguro. Estaba mejor custodiado que el Banco de Inglaterra, y cualquiera de los «gorilas» que velaban por su seguridad mediante pagas astronómicas era hábil, astuto y tan carente de escrúpulos como su patrón. Ninguno de ellos titubeaba a la hora de matar.

Quizá en toda su larga vida de depravación, sangre y expolio, Simón Dachs sólo había cometido un error.

Un pequeño error, insignificante, porque insignificante era la mujer que mandó apalear y arrojar después como un perro sarnoso.

Se llamaba Lorna y durante un tiempo, allá en los tiempos en que Simón Dachs sentía correr su sangre con ardor en las venas, había sido uno de sus amores.

El único pecado de Lorna fue quedar encinta.

Eso la sentenció.

Nunca más volvió a ver al traficante de muerte, pero jamás le olvidó. Si hubiese podido olvidar, quizá Lorna hubiera sido más feliz, pero cada vez que se miraba al espejo y veía su cara destrozada por los matones del potentado, o cuando andaba con

una ligera cojera provocada por la rotura de su cadera, el odio hervía cada vez más frío, letal y profundo.

No importa que pasaran los años. Cuanto más tiempo transcurría, más firme era la determinación de matarlo.

Al principio, cuando abandonó el hospital y vagó como un perro sin dueño, la mujer pensó matarlo por su propia mano.

No tardó en convencerse de que eso era una quimera.

Nadie podía aproximarse al hombre que año tras año adquiría un poder más absoluto, y menos que nadie, ella.

Entonces llegó a la conclusión de que sólo un asesino profesional podría realizar aquel acto de justicia.

Los asesinos profesionales son difíciles de hallar. No se anuncian en los periódicos ofreciendo sus servicios. Sólo muy contadas personas en cada país son capaces de echar mano de uno de ellos en casos extremos.

Además, son caros.

No trabajan por poco dinero, y ella no tenía dinero.

De modo que Lorna enterró todo otro sentimiento, todo lo que pudiera interponerse en su designio, y sacrificó su vida a conseguir dinero.

Cada vez que recordaba todos esos años, la mujer sentía deseos de vomitar, o de arrojar al mar, o ahorcarse y olvidar.

Sólo el odio la sostuvo. El odio y su implacable determinación, mantenida a lo largo de los años, los años más sucios y viles que puede vivir un ser humano.

En esos años, Simón Dachs incrementó su fortuna. Africa era un auténtico terreno de caza para él. Resultaba asombrosamente fácil hacer que los nuevos países dejaran morir de hambre a sus gentes para dedicar todos sus recursos a armarse hasta los dientes.

Y los agentes de Dachs estaban siempre a punto de suministrar material.

Pero los años pasaban y Simón Dachs, al tiempo que incrementaba su fortuna, envejecía, volviéndose más huraño y despiadado que nunca.

Igualmente, se habían sucedido otras guerras en las que él apenas si pudo meter mano, por cuanto en ellas eran los propios gobiernos de las grandes potencias los que traficaban con la muerte. Pero esas guerras arrojaron al mundo una oleada de hombres desesperados,

desplazados, profesionales de la matanza.

La mayoría fueron sucumbiendo en reyertas de taberna, en escaramuzas políticas alistados como mercenarios, en un holocausto en el que debían desaparecer todas las resacas de los que en un tiempo fueron llamados héroes por sus países, y al día siguiente expulsados incluso de sus ejércitos.

Sólo una reducida minoría sobrevivió.

Fueron los más inteligentes, los más duros, los más implacables. Algunos de éstos viven aún, secretamente inscritos en los más sórdidos servicios de seguridad de algunos países.

Lorna asistió a la convulsión colonial del mundo viendo la transformación de los países y las gentes.

Sobre todo, de algunas gentes.

Y eligió.

Por primera vez en su vida, la suerte estuvo de su lado a la hora de la elección.

El hombre había dejado atrás los treinta años, medía casi un metro noventa y tenía un cuerpo duro y sólido como una roca. Hombros poderosos, cuello corto, cintura estrecha y largas piernas que le conferían una extraña agilidad.

Su cabello, quizá demasiado largo para un hombre de su edad, era negro con ligeras sombras grises en las sienes. Poseía unos ojos pálidos y tan expresivos como un pedazo de cristal.

—¿Por qué quiere usted que ese hombre muera? —Fue lo único que le preguntó cuándo Lorna consiguió entrar en contacto con él.

Ella se estremeció.

El hombre veía ante sí a una mujer que ya jamás volvería a cumplir los cincuenta años. Una mujer con el rostro deformado de manera desagradable y que cojeaba ostensiblemente.

Pero con una mirada ardiente como el fuego del infierno.

—Es una larga historia —murmuró Lorna—. El me destrozó. Hizo que perdiera a mi hijo... ¿Quiere usted hacerlo, sí o no?

—Va a necesitar usted mucho dinero, señora.

—Todo lo que tengo... trescientos veinte mil francos.

El hizo tina mueca.

—No es bastante.

Lorna casi se echó a llorar.

—¡Pero no tengo más! He dedicado mi vida a reunir ese dinero día

a día, noche a noche... Renuncié a todo por conseguirlo. ¿No lo comprende? Muchas veces estuve a punto de arrojarme por una ventana y terminar... No podía mirarme a un espejo sin sentir asco de mí misma, sin escupirme a la cara por haber llegado tan bajo, por haberme revolcado en la más inmunda basura... Pero seguí adelante porque él tiene que morir. ¡Por favor, por favor, no me abandone!

El hombre se levantó.

Estaban en una reducida habitación de una fonda de mala muerte, en los arrabales de París.

De espaldas a la mujer, encendió un cigarrillo y tendió la mirada por el triste paisaje que había más allá de la ventana.

—¿Sabe usted cuánto me pagaron por mi último «trabajo» en Oriente Medio?

—No, yo...

—Un cuarto de millón de dólares.

Ella contuvo el aliento.

De pronto, estalló en sollozos cubriéndose la cara con las manos.

Era una imagen patética, tan patética que casi resultaba ridícula.

Levantándose, se dirigió a la puerta dando traspiés, ahogándose en su propio llanto.

El hombre se volvió poco a poco, con el cigarrillo humeando entre los labios.

—Espere.

Su voz sin inflexiones restalló como un látigo.

La pobre mujer se detuvo con la mano en el tirador de la puerta. Pero no se volvió. Tenía miedo de mirarle.

Seguía sollozando, su maltrecho cuerpo estremecido de arriba abajo.

Y así le llegó la voz del hombre:

—Permaneceré dos días aquí. Traiga los trescientos veinte mil francos. Si no ha vuelto usted en dos días entenderé que ha renunciado a seguir adelante y regresaré a Inglaterra.

Lorna se puso rígida, como si le hubieran descargado un latigazo.

—¿Lo hará? —susurró.

—Sí. Ahora, váyase.

—Volveré... esta noche.

Y salió.

El siguió apurando el cigarrillo y mirando la puerta cerrada.
En sus ojos parecidos a los de un muerto chispeó un fuego letal durante un instante. Después, desapareció y él aplastó el cigarrillo bajo su pie, sobre las gastadas tablas del suelo.

CAPÍTULO II

Sobre el acantilado refulgían las luces de la villa. Grandes luciérnagas que se reflejaban en el mar como chispas de plata.

Cuando Simón Dachs daba una de sus contadísimas fiestas, toda la Costa Azul se estremecía.

Nunca reunía a excesivos invitados. Sólo los más íntimos, los más representativos en las finanzas mundiales. Y nunca faltaban algunos jerifaltes de las monarquías árabes, en cuyo petróleo el viejo Dachs tenía incrustados sus tentáculos.

En esta ocasión, la selección de sus invitados había sido realizada como de costumbre. No obstante, los guardianes de la entrada verificaban de modo implacable la identidad de cada uno.

Las invitaciones fueron repartidas con un mes de antelación.

Como de costumbre, también.

Y como de costumbre, llenaron de orgullo a cuantos fueron seleccionados, porque sus nombres aparecerían durante semanas en todas las revistas especializadas del mundo, y sus fotografías serían contempladas por millones de papanatas, y el potentado podría comprobar por sí mismo que toda aquella gente importante continuaba rindiéndole pleitesía.

A los únicos que molestaban semejantes fiestas eran a sus guardianes, por un lado, puesto que les proporcionaba incontables quebraderos de cabeza, y a los chóferes de los invitados, que pasaban una noche aburridos viendo cómo sus amos se divertían en plena orgía.

El señor Roger Carandel también recibió en su día la invitación. El señor Carandel controlaba grandes industrias de acero y poderosos intereses bancarios. A quien no podía controlar era a su propia mujer, de la que sospechaba que sentía una excesiva simpatía por su chófer.

Quizá por eso, cuando el chófer Jean-Marie Auberne cayó enfermo la víspera de la fiesta, el señor Carandel le deseó cordialmente que se muriera cuanto antes y sólo se preocupó de encontrar un sustituto para que condujera su hermoso «Rolls-Royce» la noche de

la fiesta.

Afortunadamente, según pudo comprobar, el tan vituperado Jean-Marie se preocupó de que el trabajo no quedara desatendido y envió un sustituto, al que el señor Carandel encontró aceptable, aunque no tenía el tipo que él prefería para sus empleados. Era quizá demasiado recio, y no tan joven como el otro, aunque eso último resultaba una ventaja dadas las veleidades de su enojada esposa hacia los chóferes jovencitos.

—Conducirá usted esta noche... ¿Cómo dijo que se llama?

—Georges, señor. Georges Tourbon. Tengo todos los documentos del sindicato a su disposición.

—En otro momento, ahora tengo el tiempo muy justo. De todos modos, usted sólo estará a nuestro servicio hasta que Jean-Marie se haya repuesto... ¿No es así, querida?

El sarcasmo de su voz no hizo mella en la radiante mujer, que se limitó a asentir con una sonrisa.

De modo que Georges Tourbon condujo el «Rolls-Royce» con mano maestra. Sus poderosas espaldas resaltaban en el asiento delantero, así como su firme cabeza y la airosa gorra gris de uniforme. Era una imagen dura, gallarda, en la que la señora Carandel reparó de pronto, preguntándose si no resultaría tal vez más emocionante que un jovenzuelo casi imberbe, inexperto en las lides del amor... Habría que hacer algo al respecto.

El chófer detuvo el gran vehículo en la verja de entrada a la residencia de Simón Dachs. Dos de los «gorilas» se aproximaron al coche uno por cada lado, corteses, educados, pero firmes. Comprobaron la identidad de los invitados y, tras una mirada aguda al chófer, les cedieron el paso.

Otros de aquellos guardianes, correctamente vestidos con trajes de etiqueta veraniegos, se mezclaban entre los invitados y no destacaban de éstos en absoluto.

El chófer de los Carandel llevó el «Rolls» hacia el estacionamiento que le fue indicado, en la parte posterior de la inmensa residencia.

Había un pequeño *buffet* para los chóferes. También había un alto seto y dos vigilantes para impedir que ninguno de los conductores cediera a la tentación de meterse en la casa, o ir a sacar la nariz en la fiesta.

George Tourbon encendió un «Gauloise», apoyado en la brillante

carrocería, y dejó vagar la mirada a su alrededor.

Los chóferes charlaban junto a la alargada mesa, consumiendo emparedados y bebiendo champaña.

Los dos guardianes fumaban uno en cada extremo, justo en las dos únicas salidas del estacionamiento.

Seguían llegando algunos coches todavía.

El chófer de los Carandel acabó el cigarrillo. Fue hasta la mesa y comprobó que nadie le prestaba atención, de modo que apuró una copa de champaña y regresó al coche, donde fumó otro cigarrillo.

Después, se deslizó al otro lado del vehículo, donde quedó protegido por la sombra de éste.

Rápidamente, se quitó el uniforme gris. Bajo éste llevaba un ajustado pantalón de hilo negro y una camisa del mismo material y color. En el cinto, sujeta por un ingenioso arnés de cuero también negro, colgaba una pequeña pistola automática, y junto a la pistola un cilindro como de cuatro pulgadas de largo.

Pegado al suelo, reptó hasta el seto. Éste era espeso, pero no tanto que tras unos manejos no permitiera el paso de un hombre que se aplastaba contra la tierra.

Ya al otro lado, corrió agazapado hasta la fachada a oscuras de aquel lado del edificio.

En los brillantes jardines, aquellos primeros minutos de los encuentros eran ocupados por los invitados en los saludos y comentarios insulsos de rigor. Las mujeres se devoraban con sus voraces miradas, los hombres no perdían detalle de las más apetecibles, haciendo cábalas de lo que vendría después.

Y todos esperaban al anfitrión, que, también como de costumbre, era el último en aparecer, quizá como demostración de que allí el más importante era él.

En la escalinata apareció de pronto una mujer.

Todas las cabezas se volvieron hacia ella.

Y había mucho que ver, porque era alta, con un cuerpo soberbio que cada una de las mujeres que la contemplaban hubiera querido para sí. Tenía una cabeza orgullosa, de facciones descaradas, en la que brillaban grandes ojos oscuros.

Llevaba un vestido de lamé de oro. Su piel era suavemente tostada por el sol, fina y aterciopelada.

Todo el mundo sabía que era la actual «entretenida» del viejo. No

por eso dejaba de ser la eventual favorita, de modo que merecía atención... y respeto.

Todo el mundo se arremolinó hacia ella.

Un obeso banquero susurró al oído de su no menos obesa mujer:

—Me gustaría saber para qué necesita a esa fulana, querida. A sus años ya debe estar retirado de la vida... activa.

Su esposa dejó escapar una discreta risita y se estremeció.

La soberbiamente bella favorita anunció que el «adorable» Simón no tardaría en bajar y que, entretanto, podía comenzar la fiesta.

La orquesta inició una lenta melodía.

Las notas de la música llegaron hasta la inmensa habitación del multimillonario, al que su ayuda de cámara terminaba de ajustar el lazo de la corbata.

Tras esto, le ayudó a enfundarse en la severa americana de etiqueta y le contempló apreciativamente.

—Perfecto, señor —murmuró.

—Gracias, André. Eso es todo.

El criado se retiró silenciosamente.

Simón Dachs tomó la pitillera de oro, comprobó que estuviera llena de cigarrillos y la metió en un bolsillo. Después, hizo lo mismo con un suave pañuelo de seda y un encendedor de gas, y se volvió para salir.

Se detuvo en seco, perplejo ante la aparición.

El hombre vestido de negro estaba plantado ante la puerta.

Comparado con él, era un gigante de casi dos metros, recio como una montaña, y sostenía una extraña pistola en la mano.

—Buenas noches, Dachs —dijo el aparecido.

—¡Bueno! ¿Quién diablos es usted? ¿Qué quiere?

—He venido a matarle.

El hombrecillo se estremeció. No tanto por la terrible sentencia, como por la horrible frialdad de aquella voz. Un hombre que se dispone a matar a otro no puede estar tan tranquilo, tan plácidamente anunciando su crimen, como si dijera que se va a tomar un buen coñac.

—¡Está loco! ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Utilizando la cabeza. Usted va a perder la suya.

—Pero, ¿por qué, maldito sea, por qué? No comprendo qué tiene contra mí.

—Personalmente, nada. Adiós, señor Dachs.

—¡Espere! —Sudaba como un cerdo. No quería morir, nadie quiere morir cuando se ocupa la posición que él ocupaba—. ¡Le llenaré de oro, todo el dinero que quiera!

—Señor Dachs, soy un profesional consecuente, si es que puede entenderlo. Y le garantizo que éste es el peor negocio de mi vida. Sólo me resta decirle que quien le mata en realidad es una pobre mujer, vieja, amargada, desastrada y embrutecida llamada Lorna.

—No entiendo nada... ¿Quién es Lorna?

—Puede que la haya olvidado, pero ella jamás le olvidó a usted. Perdió un hijo antes de nacer, gracias a la horrenda paliza que le propinaron sus esbirros...

—¡Dios, Lorna!

—¿Ya recuerda?

—Sí, sí...

—Eso era cuanto debía usted saber.

De la extraña pistola brotó un leve fogonazo. No se produjo ningún ruido, en absoluto.

El viejo se estremeció al recibir el impacto en el pecho.

Cayó de rodillas, boqueando. La pistola volvió a estremecerse levemente en la férrea mano que la sostenía. La cara del traficante de muerte se desintegró bajo el impacto y eso fue todo.

El hombre vestido de negro apagó la luz de la habitación y salió.

Cuando estalló el escándalo, Georges Tourbon estaba apaciblemente sentado en el «Rolls-Royce», en conversación con otros chóferes y escuchando la lejana música de la fiesta.

Una fiesta que se fue al garete en medio de la histeria.

La pesadilla del resto de aquella noche, ninguno de los invitados la olvidaría jamás.

Cinco días después del sensacional asesinato del viejo buitре, la pobre Lorna había estado llorando ante el espejo. A su alrededor yacían todos los diarios que hablaban del crimen. Los había devorado una y otra vez hasta casi aprenderse de memoria todos los artículos.

Ahora, cuando se miraba al espejo, le parecía que su rostro ya no era tan repulsivo.

Quizá fuera incluso más joven...

Llamaron a la puerta de su habitación miserable.

Al abrir, se encontró ante el cartero.

—¿Lorna Chaliér, es usted?

—Sí...

—Para usted entonces.

Le entregó un paquete cuadrado, envuelto en grueso papel manila.

—Firme aquí.

Firmó, perpleja.

Luego, al quitar el papel, se encontró con una caja de cartón.

Dentro de la caja, había trescientos veinte mil francos.

Un trozo de papel estaba sobre los billetes. Alguien había escrito en él:

«Ahora puede usted vivir».

CAPÍTULO III

El gigantesco «Boeing-747» se deslizó por la pista con los motores aullando, evolucionó pesadamente y acabó deteniéndose frente a la hermosa terminal del aeropuerto de Miami.

La riada de pasajeros cumplió los trámites de la aduana, por otra parte rápidos y corteses porque el ochenta por ciento de los ingresos de la ciudad eran debidos al turismo, y luego se dirigieron hacia los autobuses de la compañía aérea.

Algunos prefirieron antes visitar el bar, después de un largo viaje desde Londres con única escala en Nueva York.

Uno de los que se encaramó a un taburete en el bar era un individuo alto, recio, de anchos hombros y rostro moreno, que pidió un manhattan bien frío.

Estuvo saboreándolo sin prisas, mientras sus ojos sin expresión, tan fríos como un pedazo de hielo, escrutaban a todos y cada uno de los hombres y mujeres que estaban en el establecimiento.

Después, pagó y tomando su pequeña maleta echó a andar hacia la salida.

Había una fila de taxis esperando, taxis de distintas compañías.

Elegió uno de banda azul, precisamente el último de la fila. Echó la maleta dentro y se acomodó en el asiento estirando sus largas piernas.

El chófer no volvió la cabeza. Sólo esperó.

—Necesito un hotel —dijo el viajero—. Que no sea muy caro y que esté sobre la playa. ¿Cree usted que puede arreglarlo?

—Por supuesto.

El coche maniobró y salió disparado.

El hotel era lujoso, situado al otro lado de la arteria central de Miami Beach. El viajero se inscribió con el nombre que constaba en el pasaporte, Austin Reed, y tomó una habitación con vista al mar y a la gigantesca piscina.

Saboreó un cigarrillo acodado a la terraza. Luego, buceó en su memoria y tomando el teléfono disco un número que había debido aprenderse de memoria.

Oyó una voz grave que indagaba al otro lado del hilo, y dijo:

—Acabo de llegar.

—¿Cuál es su habitación?

—Ciento seis.

—Perfecto. ¿Ha tenido buen viaje?

—Excelente.

Eso fue todo.

Colgó y esperó.

Llegaron después de anoecer.

Dos hombres elegantes, de aspecto discreto y maneras suaves. Uno era alto y delgado, y el otro de estatura mediana, más grueso y de rostro sonrosado.

—Siéntense, caballeros —dijo Austin Reed—. Lamento no estar en condiciones de ofrecerles nada de beber. Porque imagino que no desearán que los camareros les vean en esta habitación.

—Nadie debe verlos ni saber que hemos estado aquí.

—Muy bien. ¿Sus nombres, por favor?

—¿Es necesario?

El hombre alto esbozó una ligera sonrisa.

—El mío es Austin Reed, según rezan mis documentos. He de saber cómo llamarles a ustedes mientras estemos en negociaciones.

—Sí, claro... Me llamo Estrada —dijo el más alto—, y mi acompañante es el señor Almedo.

—Ahora que ya nos conocemos, podemos hablar de negocios. Ustedes me han llamado, así que...

—Nos costó meses de intensas y discretas averiguaciones encontrarle, señor... éste... Reed.

—No puedo anunciarme en los periódicos.

—Por supuesto que no. Bien, le necesitamos.

—Por favor, no se anden con tantos rodeos. Yo soy un profesional en mi trabajo y supongo que ustedes lo son en el suyo. Vayamos al grano, ¿sí?

Los dos hombres cambiaron una mirada un tanto inquieta.

Austin Reed añadió con la misma voz profunda, sin inflexiones:

—Desde el momento en que necesitan mis servicios es que un hombre debe morir. Así pues, partiendo de esta base, expóngame el asunto y yo les diré si acepto o no.

—Si se trata de dinero, aceptará.

—No es sólo dinero..., pero si llega el caso de tener que explicarles eso ya lo haré. Ahora, hablen ustedes.

—Es cierto que le hemos hecho venir porque hay un hombre que debe morir.

—¿Y...?

Almedo susurró:

—El presidente de nuestro país.

—Ya veo.

—No vamos a ocultarle las infinitas dificultades que entraña una misión de este tipo, señor Reed. Por eso hemos recurrido al mejor profesional de que tenemos, noticia.

—En eso han acertado. ¿Qué pasa con su presidente, otro quiere ocupar su puesto?

—Le ruego que no prejuzgue las cosas con esa ligereza, señor —gruñó Estrada, con evidente desagrado—. Hemos decidido que el presidente debe morir porque está llevando el país al desastre. Lo ha convertido en un caos donde sólo su policía privada tiene autoridad. Bajo su férula se cometen los mayores desmanes, aunque algo de eso habrá usted leído en los periódicos de todo el mundo.

—Bueno, los periódicos hablan según su tendencia. También he leído que su presidente es el primer mandatario de ese país que realmente ha conseguido elevar el nivel de vida de las clases humildes, ha distribuido tierras a los campesinos y nacionalizado industrias que hasta ahora pertenecían a grandes consorcios extranjeros...

—¡Eso es sólo una pantalla demagógica! —Botó Almedo, con el rostro congestionado.

Reed sonrió de labios afuera. Sus ojos siguieron siendo tan fríos e inexpresivos como de costumbre.

—Caballeros, no estoy aquí para discutir temas políticos con ustedes, sino para ver si acepto un trabajo o no. Ustedes quieren que ese hombre muera, y si han recurrido a mí es porque la tarea entraña tales dificultades que ningún pistolero de su país es capaz de llevarla a cabo. Bien, adelante.

—¡Claro que entraña dificultades! —exclamó Estrada—. Se ha rodeado de una guardia personal implacable, bien entrenada y dispuesta a todo. Mandó algunos de sus oficiales a Francia para aprender discretamente la organización interna de los sanguinarios

barbou7.es, y puedo asegurarle que asimilaron bien su técnica. Nadie, absolutamente nadie, puede acercarse al presidente sin ser interceptado.

Austin Reed encendió otro cigarrillo y se levantó, dando unos pasos de un lado a otro, hasta detenerse frente al ventanal que comunicaba con la terraza.

El mar chispeaba bajo la luz de la luna. En la lejanía, las luces de un buque se deslizaban en medio de la negrura reflejándose en el agua.

—¿Cuánta gente está enterada de este complot? —inquirió de pronto, volviéndose.

—Sólo nosotros dos.

—Me gustaría mucho estar seguro de eso.

—Puedo garantizárselo. Desde luego, pertenecemos al partido de la oposición, y no vamos a negarle que en nuestras reuniones secretas se ha hablado más de una vez de la conveniencia de librar al país del tirano, pero sólo el señor Almedo y yo nos hemos decidido a llegar al último extremo.

—¿Y no habrán de dar cuenta a su partido de lo que aquí se decida?

—En absoluto. Entre otras razones, porque la policía privada del presidente puede haber infiltrado a alguno de sus espías, incluso en nuestra clase dirigente. Le repito que sólo nosotros dos conocemos su identidad y lo que va a hacer.

Tras otro silencio, Austin Reed gruñó:

—De acuerdo, en principio. Pero les costará mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Un millón de dólares.

Almedo saltó fuera de la silla.

—¿Se ha vuelto usted loco?

—Debo estar un poco loco para dedicarme a este condenado trabajo. Pero sigo exigiendo un millón de dólares.

—¡No podemos disponer de ese dinero! ¿De dónde íbamos a sacarlo?

—Eso es cosa suya, no mía.

Almedo volvió a sentarse, desalentado.

Estrada murmuró:

—Nos coloca entre la espada y la pared, ¿no es cierto?

—Si se toman la molestia de analizar los riesgos que entraña matar a su presidente, los preparativos, crear y dejar expedito un canal de

fuga para cuando haya hecho el trabajo y todo lo demás, se darán cuenta de que la cifra no es exagerada. Además, tengo ya treinta y seis años.

—¿Y qué con eso? —bufó Almedo.

—Quiero retirarme. He reunido una pequeña fortuna, pero ese millón la redondeará garantizándome una vida tranquila el resto de mis días. Suponiendo que sean muchos, que eso tampoco es seguro.

—Pero un millón de dólares... ¡Es absurdo!

—Piénsenlo. Yo voy a estar aquí unos días. No tengo prisa.

—¿Es su última palabra?

—Yo sólo tengo una palabra, caballeros.

Se levantaron rígidos.

—Discutiremos entre nosotros y veremos qué posibilidades nos quedan de contratar sus servicios, señor Reed.

—Perfecto. Si llegan a la conclusión de que pueden pagar lo estipulado, no olviden que siempre cobro la mitad por adelantado. La otra mitad, sólo cuando he realizado el trabajo.

Almedo volvió a abrir la boca para protestar airadamente, pero una seña de su compañero le contuvo y ambos salieron después de una breve y seca despedida.

Austin Reed salió a la terraza tendiendo la mirada hacia el mar.

Era cierto que estaba cansado. Tanto si realizaba ese último trabajo como si no, había decidido retirarse definitivamente.

Cambiaría una vez más de personalidad, la última, y buscaría un lugar plácido y tranquilo donde vivir en paz.

Y hasta era posible que aún pudiera hallar la mujer que soñó algunas veces sin encontrarla nunca. Un hombre que vive como él vivía no podía unir a su destino mujer alguna.

Pero ahora sería distinto.

Pensando en todo eso, llamó por teléfono pidiendo una bebida y se dispuso a esperar.

CAPÍTULO IV

Volvieron dos días después, a la misma hora de la noche.

Ninguno de los dos parecía muy feliz cuando Austin Reed cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

—Y bien, caballeros, ¿qué han decidido?

—Estamos de acuerdo —dijo Almedo, ceñudo—. Le pagaremos lo que nos pide.

—Muy bien. Medio millón anticipado.

—¿Cómo quiere que le sea hecho efectivo?

—Bueno, no voy a cobrarlo en billetes, por supuesto. Les daré el número de una cuenta cifrada en un Banco suizo, de modo que pueden ingresar el dinero en ella. Yo me podré en contacto con el Banco y tan pronto reciba la certificación del ingreso empezaré el trabajo.

—No nos gusta este sistema, señor Reed —murmuró Estrada, sin mirarle—. Usted puede quedarse con el dinero y desaparecer.

—Deberán confiar en mí o abandonar el proyecto. Aunque nunca he dejado de cumplir un compromiso, no puedo aportarles garantía alguna.

Se miraron. Estaban evidentemente muy preocupados.

Luego, Almedo gruñó:

—Muy bien, sea. Pero no crea ni por un instante que podrá engañarnos.

—Lo mismo digo, caballeros.

—¿Cómo?

—Quiero decir, que no traten de jugármela ustedes a mí, como por ejemplo dejando de pagar el resto del dinero cuando yo haya hecho el trabajo... No vivirían lo suficiente para celebrarlo.

Estrada se encogió de hombros.

Estaba mirando ahora fijamente al mercenario y lo que veía en él le producía escalofríos.

—Nosotros jugamos limpio, señor.

—Por supuesto —aseveró Almedo.

—Estamos de acuerdo entonces —dijo Reed—. Ingresen el dinero y

olvídense de mí. Yo cumpliré mi parte.

—¿Cuándo?

—Eso es preguntar demasiado. No lo sé. Dependerá de muchos factores. Pero pueden tener «la absoluta» seguridad de que lo haré.

—Pero necesitará cierta ayuda... Podemos proporcionarle enlaces, contactos que...

—Olvídenlo. Yo trabajo solo. Siempre.

Perplejos, titubearon todavía irnos segundos.

No habían hallado aún una respuesta cuando Reed añadió:

—Todo lo que necesito es una relación de las fechas en que el presidente puede ser visto en público. Fechas fijas, quiero decir. Fiestas nacionales, desfiles, cosas así. Y los lugares en que estará en cada ocasión. No los recorridos, sino los lugares donde permanecerá aunque sólo sean unos minutos. ¿Comprenden lo que quiero decir?

—Efectivamente. Pero déjeme decirle que en estas ocasiones no conseguirá usted acercarse lo suficiente para matarlo —aseguró Estrada, preocupado.

—Les repito que dejen los detalles de mi cuenta, así como el elegir la ocasión y el lugar. Es mi cuello el que arriesgo, de modo que trataré por todos los medios de conservarlo sobre los hombros una vez realizado el atentado.

—Está bien, mañana tendrá usted la relación indicada. No hay más que tres o cuatro fechas al año en que pueda vérselo en público.

—Con una es suficiente.

—Creo que no tenemos nada más que discutir, si usted insiste en renunciar a toda ayuda por nuestra parte.

—Insisto, naturalmente.

Como la vez anterior, los dos hombres se despidieron con sequedad y abandonaron la habitación.

Austin Reed hizo el equipaje y lo dejó preparado para una pronta marcha. Después, salió a deambular por Miami, donde se divirtió durante el resto de la noche.

* * *

El señor Zulueta era un hombre grande en todos los aspectos.

Grande en cuanto a volumen, puesto que su cuerpo era enorme.

Alguien le había comparado una vez con un elefante, grasiento y

pesado.

Era una exageración, naturalmente; de elefante no tenía más que una memoria asombrosa que le permitía ser endiabladamente eficaz en su cargo de jefe de la policía especial de la Presidencia.

También era grande por su influencia y su poder absoluto de vida y muerte.

Grande en odio acumulado a su alrededor, puesto que difícilmente se habría encontrado un solo ciudadano que no deseara verle colgado cabeza abajo sobre una hoguera.

Incluso entre sus propios subordinados era tan odiado como temido, porque jamás perdonaba un fallo, un fracaso o un desliz cualquiera. Su gran mesa de trabajo estaba constantemente repleta de legajos, documentos secretos que cada día eran cuidadosamente guardados por el propio Zulueta en la inviolable caja acorazada de su despacho; informes y notas tomadas con apresuramiento en sus conversaciones telefónicas, y sobre todo ello, presidiéndolo, una fotografía del presidente en un marco de plata.

Estaba leyendo uno de los informes cuando unos nudillos golpearon discretamente en la puerta.

Sin levantar los ojos del informe gruñó:

—¡Entre!

El individuo que se coló por la puerta volvió a cerrarla con todo cuidado.

—Señor...

Le miró por primera vez.

—¿Qué ocurre, Mengual?

—Florez acaba de llegar. Desearía verle personalmente.

—¿Importante?

Su secretario titubeó. Hacer afirmaciones con su jefe era arriesgarse demasiado.

—El asegura que sí, señor.

—Está bien. Le recibiré. ¿En qué está trabajando Florez actualmente?

—Se le asignó la vigilancia de la oposición. Usted mismo dispuso que él fuera uno de los asignados a ese servicio.

—Dígale que pase, Mengual.

El secretario se retiró, para regresar acompañado de un individuo de mediana estatura, piel morena y un bigote fino y bien recortado.

Cerró la puerta dejándole dentro, donde reinó un prolongado silencio.

Hasta que el jefe de policía dijo:

—¿Y bien, Florez? Le escucho.

—Se trata de Almedo y Estrada, señor. Ya le informé de que esos dos líderes de la oposición habían salido del país hace unos días.

—¿Y...?

—Han regresado, señor. Esta mañana.

Zulueta dio un respingo y un bufido, todo a un tiempo.

—¿Y ése es el informe importante, estúpido? Supe que regresaron desde que abordaron el avión en Miami. ¿Crees acaso que ignoro quién entra en el país y quién sale de él?

El agente Florez se encogió sobre sí mismo ante la andanada.

No obstante, añadió:

—Perdón, señor, ya sé que usted está perfectamente informado al respecto. Pero hay algo más que yo deseo informar...

—¡Entonces suéltalo de una vez! Mi tiempo es importante.

—Sí, señor. Se trata de que ni siquiera sus más inmediatos servidores saben la razón del viaje que les llevó a Miami, señor.

Eso le interesó.

—¿Quieres decir que hicieron el viaje por su cuenta, a espaldas incluso de sus ayudantes, de sus colaboradores?

—En efecto. Ellos ni siquiera supieron que estaban fuera del país hasta hoy.

Zulueta arrugó el ceño, preocupado.

—Eso puede ser muy interesante... ¿Es todo, Florez?

—Sí, señor.

Zulueta hizo un gesto con la mano despidiendo al agente. A éste le pareció como si su jefe espantara una mosca, pero se apresuró a salir cerrando silenciosamente la puerta.

El enorme corpachón del jefe supremo de la policía se recostó en el sillón y permaneció casi quince minutos inmóvil, reflexionando profundamente.

Tras esto, enderezándose, pulsó un botón y gruñó:

—Quiero ver otra vez los últimos informes de Miami, Mengual.

Se los trajeron en menos de un minuto.

Los leyó de nuevo. En ellos se mencionaba la llegada a la gran ciudad del placer, de los dos importantes jefes de la oposición.

Habían sido vigilados desde que se instalaron en el Seville Hotel y seguidos por la ciudad en sus desplazamientos.

Habían acudido a una reunión con otros jefes exiliados. Esas reuniones no preocupaban a Zulueta porque sabía perfectamente que eran simples fuegos de artificio, destinadas más que nada a lograr fondos para que los politicastos que vivían en Miami pudieran seguir gozando de todos los placeres.

Lo que sí le preocupó fue un corto párrafo en el que se daba cuenta de qué tanto Almedo como Estrada habían desaparecido en dos ocasiones, dando esquinazo a sus vigilantes y no reapareciendo en su hotel hasta horas después de cada escapatoria.

Comenzó a preguntarse adónde habrían ido en ambas ocasiones, y la razón por la cual se habían tomado la molestia de despistar a sus seguidores.

La conclusión a que llegó no le gustó en absoluto.

Levantándose, guardó personalmente los legajos y documentos en la caja acorazada y salió.

Deteniéndose al lado de su secretario, gruñó:

—Probablemente no regresaré esta noche. Disponga los servicios como de costumbre en las oficinas.

—Muy bien, señor.

El edificio donde se albergaban las grandes oficinas de la Seguridad estaba rodeado por un alto muro infranqueable, con centinelas cada veinte metros.

Entre el muro y el edificio había un patio cubierto hasta su mitad, donde se alineaban los coches de los funcionarios importantes.

El de Zulueta era un «Mercedes» grande y pesado, mucho más pesado que cuando salió de fábrica, por cuanto había sufrido no pocas modificaciones para dotarlo de una seguridad absoluta.

El chófer, un sombrero policía especializado, abrió la portezuela. Cuando pasó junto a él, Zulueta gruñó:

—A palacio.

—Sí, señor.

El «Mercedes» salió disparado del patio, torció a la derecha y se lanzó por la avenida con tal ímpetu que pareció dispuesto a arrollar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

En la esquina donde dobló, una muchacha interesada por las telas expuestas en un escaparate se volvió en redondo.

Tenía unos grandes ojos negros como la noche. Esos ojos adquirieron la dureza del diamante al posarse en el gran coche negro y clavarse fugazmente en la voluminosa silueta del gran hombre, acomodado en el asiento posterior.

Después, el coche se perdió en la distancia y ella echó a andar sin prisas por la acera.

Su cuerpo juvenil era esbelto, firme y cimbreante. Tenía todos los atributos de una mujer en su plenitud, a pesar de que apenas si contaría veintidós años.

La hermosa perfección de su cuerpo no tenía nada que envidiar a la altiva belleza de su rostro, apasionado, donde los labios eran una flor roja abierta a la primavera de una vida pletórica, pero que ella estaba dispuesta a sacrificar sin vacilaciones para conseguir la venganza.

Anduvo durante largo tiempo. De vez en cuando se detenía, contemplaba un escaparate en cualquier tienda, y volvía a reanudar el camino. En cada una de esas paradas observaba el camino recorrido, hasta que se convenció de que nadie la seguía.

Al fin, dobló la esquina de una calleja en la que la luz del crepúsculo extendía sombras oscuras sobre el pavimento sin asfaltar.

Entró en una casa de dos plantas utilizando una llave. Ya dentro, subió unos tramos de escalera y llamó a una puerta en el piso superior.

Una voz de hombre preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Laura.

—Puedes entrar.

Ella empleó otra llave para abrir esa puerta.

Cuando entró, el hombre sentado en una silla de ruedas ocultó la pistola automática con que había estado apuntando la entrada.

—¿Le has visto? —indagó él.

—Sí.

—¿Sin escolta?

—Iba solo, en su coche. Con el chófer, claro.

—¿Y estás segura de que no le seguía algún otro auto lleno de esbirros?

—No le seguía nadie, Raúl.

—Empieza a confiarse. El poder tiene estas cosas a veces...

—Pero el chófer conduce a gran velocidad, Raúl. Y el coche ya sabes que es a prueba de balas. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Tengo algunas ideas. Quiero que tú o los demás comprobéis durante unos días si continúa saliendo sin escolta. Es absolutamente necesario estar seguros de eso.

—Lo haré yo misma.

—No, tú no. Alguno de los centinelas podría extrañarse de verte siempre por las cercanías de esa guarida —sus dientes rechinaron salvajemente un instante.

La hermosa muchacha sacudió su larga melena negra.

—¿Por qué habrían de fijarse en mí?

—Aunque sólo fuera porque eres demasiado linda.

—Entiendo. Por si te interesa también, creo que se dirigía a palacio.

—Ese hijo de perra sabe lo que le conviene... Gracias, pequeña. Estás haciendo un magnífico trabajo.

—Y quiero verlo terminado, Raúl.

El hombre no pudo ocultar un ramalazo de ternura cuando la muchacha se inclinó sobre él y le besó en la mejilla.

Tendría sus buenos cuarenta y tantos años, era muy delgado y de piel pálida, y sus ojos relucían como si le consumiera una fiebre continua.

Tal vez la fiebre de la venganza.

—Esta noche buscarás a Martelo y le dirás que él y dos más de sus amigos se encarguen de la vigilancia... Turnándose entre ellos no es tan fácil de que llamen la atención de los guardias.

—Está bien. ¿Y después?

—¿Te refieres a ti?

—Sí.

—Nada. Quedarás al margen de este asunto hasta que haya acabado.

La muchacha se envaró. Sus bellísimos ojos echaron chispas.

—¡Te digo que quiero tomar parte en esto, Raúl! Odio a ese cerdo tanto como puedas odiarle tú.

—¡Tú harás lo que yo te diga!

—Esta vez no, Raúl. No podrás impedírmelo.

El soltó una retahíla de juramentos que resonaron como pedradas entre las paredes de la habitación.

Pero no logró conmover a la muchacha, que sonrió.

—Si te has cansado de maldecir, mejor será que vayas pensando la mejor manera de que yo pueda tomar parte en la muerte del gran sapo.

—¡Tú te quedarás en casa hasta que esto termine! Ya hiciste bastante.

—Te equivocas, hermano. Ya te convencerás de que me necesitas...

Volvió a besarle suavemente en la mejilla, se dirigió a la puerta y antes de salir dijo:

—Iré a ver a Martelo ahora. Hasta mañana, Raúl.

—¡Vete al demonio!

Ella cerró la puerta a sus espaldas y el impedido quedó solo.

O quizá no tan solo. El odio también es buena compañía a veces.

CAPÍTULO V

Los escasos pasajeros del avión descendieron sumergiéndose bajo el sol implacable que les azotó como la llamarada de un horno.

Los funcionarios de aduana se mostraron muy quisquillosos con todos ellos. Había guardias armados por todas partes, vigilando con sus caras ceñudas, enfundados en irnos uniformes verdosos que con el calor reinante debían estar a punto de derretirles.

El hombre alto mostró su pasaporte al funcionario. Éste leyó el nombre: Jerry Lane, de Londres.

Levantó la mirada y comprobó la fotografía. Vio ante sí a un tipo que rebasaba el metro noventa, de hombros poderosos, ojos inexpresivos y que parecía impacientarse por la demora.

Un inglés en viaje turístico no era raro ni mucho menos. El funcionario recordó algunas dificultades sufridas con turistas británicos y frunció el ceño.

Acabó de revisar el pasaporte, estampó su firma y un sello y lo devolvió a su propietario.

Sin una palabra, el tal Jerry Lane fue en busca de su única maleta y con ella en la mano se encaminó al autobús que debía llevarles a la capital.

Mientras tanto, el funcionario estampaba el nombre de Lane en una lista de extranjeros, que ese mismo día iría a parar a la mesa del oficial superior de la Seguridad.

El autobús dejó su reducida carga en las oficinas de la terminal, en la Avenida del Libertador. Allí, Jerry Lane llamó un taxi y se hizo conducir al hotel Nacional.

Había pocos coches en las calles, pero las aceras estaban repletas de gentes hoscas y silenciosas que no parecían tener prisa por llegar a ninguna parte.

Tras inscribirse en el hotel, el hombre alto se desvistió para permanecer largo tiempo bajo la ducha. Después, envuelto en una toalla, fumó un cigarrillo, paseando la mirada por la panorámica que se extendía más allá de la ventana, salpicada de inmensas manchas verdes de lujuriente vegetación.

Cuando se vistió anochecía.

Al salir a la calle no se extrañó en absoluto de que apenas hubiera gente en las aceras. Cuando llegaba la noche, las gentes preferían encerrarse en sus casas. Era más seguro.

El anduvo como un paseante cualquiera hasta la Avenida Central, donde cenó en un viejo restaurante que en la ciudad era como una institución.

Pertenecía a un individuo llamado Enríquez, charlatán, astuto como un zorro y con la habilidad suficiente para haber conservado su negocio a lo largo de los años, a pesar de todas las convulsiones que habían estallado en el país con regular frecuencia.

Después de cenar, Lane pidió café y se entretuvo leyendo el periódico del día. Estaba lleno de encendidas alabanzas al presidente y a su régimen, y despotricaba con vitriólica violencia contra los políticos de la oposición y los conspiradores agazapados a la espera de descargar sus cobardes zarpazos.

Lane tiró el periódico a un lado y encendió un cigarrillo.

Enríquez apareció a su lado.

—¿Le aburren las noticias? —dijo con su voz suave.

—No hay mucha variedad.

—¿Es usted americano?

—Inglés. Me llamo Lane.

—Habla muy bien el castellano, señor Lane.

—He pasado largas temporadas en España. Tengo facilidad para los idiomas. ¿Qué hay en esta ciudad digno de verse, amigo?

—Oh, muchas cosas... Aunque, por supuesto, todo depende de lo que a usted le guste visitar.

—Bueno, ya sabe... monumentos, edificios históricos, cosas así.

—Hay muchos, los más hermosos de la época colonial, Aunque, por lo demás, no creo que se divierta mucho. ¿Sabe usted? Esta ciudad ya no es lo que fue en otros tiempos.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, la vida nocturna casi ha desaparecido por completo. Me atrevo a hablarle así porque es usted extranjero. Hubo una época en que teníamos casinos, *cabarets* espléndidos, los mejores de esta parte de acá de la frontera. Y mujeres, ¡qué mujeres, señor!

—¿Y ahora ya no?

El hombre sacudió la cabeza.

—Ya no —dijo—. Todo ha cambiado.

—¿Por qué?

—Han influido muchos factores... Temo que usted, un inglés, no lo entendería.

Esbozó un amable gesto de despedida y le dejó solo.

El siguió fumando placenteramente.

Poco después, regresó al hotel caminando por las solitarias calles, dejando que sus pensamientos fluyeran libres, atisbando un futuro en el que ya no existirían tensiones ni violencias.

Al doblar una esquina se encontró frente a una patrulla de la policía.

El oficial gruñó:

—¡Alto!

El hombre recio se detuvo al mismo tiempo que los cuatro policías armados de metralletas.

El oficial dijo:

—Sus documentos.

—¿Por favor?

—¿Qué?

—Podría usted pedirlos por favor.

El oficial rechinó los dientes. Pero de pronto comprendió y su voz fue un sólido gruñido cuando preguntó:

—¿Extranjero?

—Sí.

—Entonces, su pasaporte... por favor.

Lane sonrió en la penumbra y mostró el pasaporte al oficial. Éste se apartó para colocarse directamente bajo un farol, donde examinó el documento con inacabable atención.

Al fin, regresó y devolviéndolo a su propietario, dijo:

—Está bien. ¿Qué está haciendo en las calles a estas horas?

—Quizá para ustedes sean unas horas intempestivas... Acabo de cenar y regresaba al hotel, eso es todo.

—¿Qué hotel?

—El Nacional.

—Comprendo. Siga su camino.

Saludó con marcialidad y la patrulla se alejó.

Lane reanudó su camino.

Sólo que ahora sus pensamientos eran otros muy distintos.

En ellos ya no había ideas de sosiego y paz, sino de violencia y de muerte.

* * *

El presidente era un hombre de estatura mediana, robusto y de cara redonda, cuya piel tostada por el sol tenía tintes de cobre.

Unos ojos brillantes, inteligentes, le conferían un carácter que de otro modo no habrían tenido sus facciones.

Saboreando el café, sacudió la cabeza.

—No comprendo tantos recelos, Zulueta —murmuró al fin—. Tanto Estrada como Almedo son dos... ¿cómo se dice...? ¿*Bon vivants*? Les gusta divertirse de vez en cuando. Y Miami es el mejor lugar del mundo para eso. Yo mismo, en otros tiempos...

—No fueron a divertirse, excelencia. Mantuvieron una entrevista con los jefes exiliados. Ellos sabían que les vigilábamos y para esa entrevista no hicieron nada para despistar a los que les seguían. Pero sí les dieron esquinazo después, durante dos ocasiones en que estuvieron fuera de su hotel durante horas.

El presidente encendió un cigarro, saboreando el aromático humo del habano.

—¿Y qué sugiere usted?

El voluminoso jefe de la policía rezongó:

—Unas cuantas detenciones entre sus más íntimos colaboradores. Luego, obligarles a hablar.

El presidente sacudió la cabeza.

—En estos momentos, eso levantaría un escándalo. Zulueta, hay numerosos corresponsales extranjeros en la capital. Y estamos pendientes de un importante crédito norteamericano. No podemos proporcionar el más leve motivo a la oposición para que orqueste una campaña de descrédito en el exterior.

Zulueta esbozó un gesto de contrariedad.

—Me permito recordarle, excelencia, que se trata de la propia seguridad de su excelencia y del régimen.

—Investigue, amigo Zulueta. Tiene usted gente experta. Que descubran lo que hay detrás del viaje de esos dos individuos. Pero discretamente, sin detenciones espectaculares.

Zulueta asintió resignadamente.

Poco después, el presidente sonrió y dijo:

—Deseaba felicitarle por su excelente despliegue de protección a mi persona, Zulueta. Desde que se hizo usted cargo de ella no he vuelto a sufrir el menor atentado.

—Ni lo sufrirá, excelencia. Y eso me recuerda que he de dar los últimos toques a la escolta para su salida del próximo martes...

No hablaron mucho más. Poco tiempo después, el gigantesco jefe de la policía abandonó el palacio a bordo de su coche a prueba de balas, el cual se lanzó como una centella por las desiertas avenidas.

También esta vez su salida del palacio fue observada por unos ojos vigilantes y llenos de odio.

Eran los de un hombre delgado, vestido con extremada sencillez, que siguió las rojas luces del coche hasta perderlas de vista en la distancia.

Sólo entonces echó a andar procurando ocultarse en las sombras lo mejor posible.

Pero esas mismas sombras ocultaron también la presencia de otro hombre que, semejante a un fantasma, siguió sus pasos sin mostrarse lo más mínimo.

Así, el perseguido llegó a la esquina de la calleja donde vivía Raúl. Se detuvo, temeroso y desconfiado, atisbando alrededor, antes de decidirse a entrar en el pozo negro que era el callejón.

Instantes después, la silueta de su implacable seguidor pareció solidificarse en la esquina, donde permaneció unos minutos.

Finalmente, el desconocido retrocedió, apartándose de la calleja sin ruido. Luego, al encontrarse lo bastante lejos como para que sus pasos no fueran escuchados, echó a andar apresuradamente, inmerso en el silencio que planeaba sobre la ciudad dormida.

Su apresurada caminata terminó en el muro que rodeaba la sede central de la Seguridad.

CAPÍTULO VI

El hombre en cuyo pasaporte constaba el nombre de Jerry Lane se detuvo ante el gigantesco monumento, y tomando su cámara fotográfica pareció buscar el mejor ángulo para fotografiarlo.

Era un monumento ecuestre, sobre un pedestal de mármol, que se erguía en una plazoleta rodeada de palmeras.

La plazoleta ensanchaba un paseo por el que apenas si discurría nadie. Lane tiró un par de placas desde un ángulo absurdo. Después, miró más allá de las palmeras, descubriendo el café con su sombreada terraza.

Tomó asiento en ella y pidió un refresco. Desde la terraza gozaba de una vista perfecta del monumento y la plazoleta. Pero alzando la mirada contempló las casas del otro lado.

Eran de reciente construcción, cuajadas de grandes ventanas.

Permaneció allí largo tiempo, sus ojos escrutadores calculando distancias, ángulos de tiro y canales de fuga.

Al fin, pagó y se alejó, preocupado.

Si las noticias que tenía sobre la protección que se dispensaba al presidente eran ciertas, y nada le inducía a pensar que no lo fueran, era indudable que todas aquellas casas estarían ocupadas por la policía cuando el primer mandatario del país acudiera a depositar la anual corona de flores al pie de la estatua.

Habría policías en las terrazas, en la mayoría de los pisos, en las entradas de las escaleras...

Sacudió la cabeza. Estaba seguro de que, bien meditado, el atentado era factible en ese lugar, puesto que las casas no quedaban más allá de unos ciento cincuenta metros del lugar donde estaría el presidente. Pero Según sus cálculos, lo difícil estaría en escapar después.

Había que meditar mucho sobre eso. De momento, dejaría el asunto dormido hasta un posterior estudio.

Quedaban otros dos posibles emplazamientos para el disparo fatal. Habría que estudiarlos también con todo detalle.

Tomó algunas fotografías de otros paseos, edificios característicos

de la época colonial, con artísticas rejas de hierro. Utilizó casi toda la película del carrete antes de decidirse a regresar al hotel.

* * *

Apenas habían dado las once de la noche cuando el coche se detuvo en la esquina del callejón.

Era un auto oscuro, pintado de un color verde sombrío. El callejón era demasiado estrecho para que el vehículo pudiera maniobrar en él, de modo que el chófer dijo:

—Esperaré aquí.

Los dos hombres que ocupaban el asiento posterior se apearon.

Uno vestía el uniforme de teniente de la policía de Seguridad. El otro llevaba un traje claro, de hilo. Los dos se internaron por el callejón hasta la casa donde vivía Raúl.

El que vestía de paisano examinó la cerradura.

—¿Qué hacemos, llamamos?

El teniente gruñó:

—Eso alarmaría a todos los que haya ahí dentro.

—Ese tipo vive solo... Según los informes siempre está solo. Sólo recibe visitas esporádicas de sus compinches.

—Entonces, puedes llamar.

El oficial soltó la tapa de la gran funda de cuero y apoyó la mano en la culata de la pistola.

El otro pulsó el timbre. Esperaron y después repitió la llamada, persistente.

Al fin sonó un chasquido y la puerta se movió.

El teniente dijo:

—¡Espera!

Colocándose al lado de la entrada empujó la puerta con el pie.

Se abrió de par en par, mostrando un interior oscuro.

—Trae la linterna.

El otro enfocó la luz de la linterna eléctrica hacia aquella negrura. No había nadie allí, pero una cuerda se balanceaba. La cuerda descendía desde el piso y acababa sujeta en el pasador.

—Ha abierto desde arriba... Vamos.

Subieron rápidamente hasta detenerse de nuevo frente a la puerta del humilde piso donde residía el paralítico.

También esa puerta se abrió sin necesidad de que llamaran.

La voz de Raúl dijo desde dentro.

—Entren... les vi llegar.

Los dos atravesaron el umbral.

Raúl estaba sentado en su silla de ruedas. Estaba pálido y sereno, mirándoles impassible.

—¿Raúl Mendes? —dijo el oficial.

—Yo soy. Su compañero me conoce perfectamente.

El de paisano esbozó una risita.

—No te has olvidado de mí, ¿eh, basura?

—Usted y otros compañeros hicieron de mí lo que soy ahora..., un pedazo de carne inútil. ¿Cómo podría olvidarle?

El teniente apartó la mano de la pistola. Sabía que aquel hombre tenía las piernas inútiles, pero ahora se daba cuenta de que también era un hombre acabado.

—Va a venir con nosotros, Mendes —gruñó—. Le ayudaremos a bajar las escaleras.

—Será la primera vez que las baje en más de un año...

Tenía una manta sobre las rodillas. Hizo ademán de quitársela sin demostrar nerviosismo alguno.

Su mano izquierda la apartó a un lado, pero la derecha atrapó la pistola que tenía entre las rodillas y disparó casi con el mismo movimiento.

La bala se enterró en el estómago del paisano, arrojándolo hacia atrás.

El herido lanzó un alarido. El teniente, pillado de sorpresa, perdió unos segundos preciosos para empuñar su propia arma.

Raúl desvió la pistola y disparó otra vez. El oficial recibió el impacto en la cabeza y voló materialmente fuera del cuarto, manoteando.

El herido se había desplomado, quejándose angustiosamente, las manos engarfiadas en el vientre.

Raúl emitió una risa escalofriante.

—¡Vamos, hijo de perra! ¿No llevas un arma? Trata de matarme... ¡Hazlo, puerco!

El hombre levantó la cara del suelo. Su rostro era una máscara de odio y dolor.

—¡Tú..., tú...!

—He esperado esto durante más de un año... Meses y meses aguardando a matar por lo menos a uno de los que me torturaron... ¿No piensas sacar la pistola?

El hombre pensaba solamente en que estaba muriéndose en medio de un marasmo de dolor infinito.

De pronto, en las escaleras sonaron los pasos precipitados de alguien que subía a saltos.

—Han oído los estampidos —gruñó Raúl.

Hizo rodar la silla apartándose de donde estaba y colocándose en un ángulo de la estancia.

El chófer apareció en la puerta, armado de una pistola ametralladora.

Vio al teniente con la cabeza destrozada y sintió náuseas.

Luego, avanzó cautelosamente, descubriendo al otro que gemía rebosando de angustia.

Cuando fue a volverse, Raúl disparó de nuevo. La bala arrojó al tipo dando tumbos hasta rebotar contra la pared.

Allí, despacio, empezó a deslizarse hacia el suelo poco a poco, boqueando.

Levantó la pistola con dificultad. En el instante en que se desplomaba tiró del gatillo y el estruendo de la ráfaga retumbó estremeciendo la casa hasta los cimientos.

Pero hizo algo más. Pilló a Raúl de pleno, casi partiéndolo por la mitad, lanzándolo fuera del sillón, que se fue rodando hasta el otro extremo del cuarto.

Los dos hombres casi cayeron al mismo tiempo.

Desde el suelo, el agente de paisano, luchando por atravesar la niebla roja que estaba espesándose ante sus ojos, distinguió los cuerpos derribados, la sangre que se extendía por las tablas gastadas, como un torrente...

Emitió un agónico quejido y se quedó quieto, hecho un ovillo, con las manos agarrotadas en el estómago.

A pesar del estrépito de los disparos, nadie acudió a ver qué había sucedido. Durante la mayor parte de la noche; los cadáveres quedaron allí, patéticamente solos, hasta que llegó otra patrulla policíaca enviada en busca de la primera...

La encontraron, naturalmente.

CAPÍTULO VII

El gordo Zulueta, congestionado de ira, ladró órdenes hasta enronquecer, lanzando a sus hombres de más confianza a la caza de los amigos de Raúl que eran conocidos por la policía.

Durante todo el día, su ira fue subiendo hasta tal punto que hubo instantes que sintió tentaciones de golpear a la pandilla de inútiles que estaban fracasando una vez tras otra.

Al fin tuvo que convencerse de que aquella operación desencadenada con tantos efectivos no iba a tener éxito. Por lo menos, no iba a tenerlo de inmediato.

Los amigos de Raúl se habían esfumado.

—¡Búsquenlos! —rugió—. ¡Pongan sus guaridas patas arriba si es preciso, pero quiero tenerlos en el sótano antes de mañana!

Su secretario apretó los labios. Estaba seguro que no los capturarían esta vez. Aquella gente había aprendido después de los reveses que sufrieran un año atrás. Con toda seguridad, estaban camino de las montañas, para unirse a las hordas de desharrapados que malvivían allí en espera de una revolución...

No obstante, y ansiando ganar puntos en el aprecio de su jefe, dijo humildemente:

—Señor, si me permite...

—¿Qué pasa ahora, Mengual?

—Tal como usted ya debe sospechar, esos individuos sin duda están camino de las montañas a estas horas...

—¿Y...?

—Pero la muchacha posiblemente esté aún en la ciudad. Raúl tenía una hermana.

El gordo casi botó fuera del sillón.

—¡Cierto! —exclamó—. ¿Cómo nadie me lo ha recordado hasta ahora?

—Tal vez se deba a que ella jamás intervino en movimientos políticos... nunca fue detenida.

—Por eso no la recordaba... ¡Mande a Florez en su busca!

El secretario salió disparado, seguro de que su jefe se sentiría muy

satisfecho con él.

Poco más tarde, empezaba la busca y captura de la hermosa muchacha en cuyos bellos ojos chispeaba el odio.

* * *

Jerry Lane advirtió que las patrullas eran más numerosas en su incesante deambular por la ciudad.

Había sacado más fotografías, éstas de la catedral, con su inmensa escalinata. De sus alrededores, captando la belleza de los palacios que guardaban entre sus muros toda la historia del país.

Luego, visitó el único museo de la capital, donde permaneció casi toda la tarde, extasiándose con las obras típicas de los primitivos pobladores del país, expuestas en las salas altas.

Desde las ventanas de estas salas se dominaba perfectamente la entrada de la catedral, con su soleada escalinata en la que las palomas retozaban sin nadie que turbara sus juegos.

La entrada del gran templo quedaba a unos ciento ochenta metros de aquellas ventanas.

Arrugó el ceño. Un tiro muy difícil... Tenía plena confianza en sus dotes con un buen fusil en las manos, pero aquella distancia, contando con que sólo podría hacer un disparo, y que la bala no tendría toda su potencia debido al silenciador, era casi excesiva.

No abandonó el museo hasta que el crepúsculo se inició sobre la ciudad.

El portero dio un respingo al verle aparecer.

—¡Caray! Un poco más y se queda usted a dormir aquí, señor.

Lane le dio una propina y sonrió.

—Me distraje demasiado con esas carátulas incas del piso de arriba...

—Ha estado a punto de quedar encerrado aquí. Y no es un lugar cómodo para dormir.

—Bueno, ¿quiere decir que no queda nadie durante la noche, ni un vigilante siquiera?

—No. Antes había uno, pero murió. ¿Para qué un vigilante? Nadie va a robar esos cachivaches...

—Sí, claro, tiene usted razón. Quizá vuelva otra vez. Adiós.

—Adiós, míster, y gracias.

De modo que durante la noche no quedaba nadie en el museo.

Un hombre podía quedarse oculto hasta que hubieran cerrado las puertas, pasar allí la noche y preparar el emplazamiento para el fusil.

Claro que por la mañana colocarían centinelas en el edificio, de eso no cabía duda.

Sin prisas, Jerry Lane se encaminó hacia el restaurante de Enríquez, donde cenó placenteramente mientras su mente no cesaba de trabajar.

A la misma hora en que Lane hacía los honores a una excelente cena, Zulueta se disponía a abandonar su oficina, ceñudo y contrariado.

Acababa de cerrar la pesada puerta de la cámara acorazada cuando llegó un informe de Miami.

Lo leyó distraídamente, porque por el momento los politicastros exiliados en la gran ciudad del placer no proporcionaban ningún problema.

Pero de pronto se sobresaltó. Volvió a sentarse ante su mesa y oprimió un timbre.

—¿Señor? —dijo la voz de Mengual por el intercomunicador.

—Ordene que revisen nuestros archivos. Tome nota del nombre...

—Diga, señor.

—Austin Reed. Americano, o inglés, eso no es seguro.

—¿Descripción?

—No hay ninguna. Sólo el nombre.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Volvió a leer el informe.

En él se mencionaba que al fin habían descubierto el lugar que visitaron Almedo y Estrada en las ocasiones en que consiguieron librarse de sus seguidores. Era un hotel en la playa, y allí se les había visto entrar en la habitación ocupada por un inglés llamado Austin Reed.

El inglés había dejado el hotel al día siguiente después de la última visita de los dos políticos de la oposición.

¿Quién demonio sería ese Austin Reed?

Zulueta buceó en las profundidades de su prodigiosa memoria.

Salieron a la luz infinidad de nombres extranjeros. Casi todos ellos proyectaron en la pantalla de su mente la imagen de sus

poseedores, pero no encontró nada de Austin Reed.

Cuanto más pensaba en el asunto más le inquietaba.

El viaje secreto de los dos políticos de la oposición, del cual no informaron ni siquiera a sus más íntimos colaboradores; sus escapadas en Miami, dando esquinazo a los espías, y ahora esa nueva noticia. No cabía duda que si se habían tomado la molestia de despistar a sus vigilantes para entrevistarse con el tal Reed, éste adquiriría importancia.

Mengual entró interrumpiendo sus elucubraciones.

—No tenemos nada con ese nombre, señor —anunció.

—Ya lo imaginaba. Lea esto, Mengual.

El secretario leyó el informe y se quedó perplejo.

—No comprendo —murmuró—. ¿Quién cree usted que pueda ser ese inglés?

—No lo sé. Tampoco podemos estar seguros que sea inglés, ni que ése sea su verdadero nombre. Tal vez se trata del agente de un traficante de armas.

—Si eso fuera cierto, indicaría que están armándose...

Zulueta se encogió de hombros.

—Para eso, tendrían que entrar las armas en el país, y usted sabe que eso les costaría mucho. Además, esos cuervos vendedores de armas cobran al contado, y en moneda fuerte. Me consta que por el momento están pasando dificultades a ese respecto.

—Si no se trata de un vendedor de armas, ¿quién cree usted que es ese individuo?

—No tengo idea. Ordenaré a nuestros agentes en Miami que profundicen en esa dirección. Prepare el despacho cifrado, Mengual. Quiero que busquen a ese hombre esté donde esté, que consigan toda la información que puedan sobre él, y si fuera posible incluso una fotografía.

—Lo despacharé esta misma noche.

—Algo más aún... Esos vendedores de armas operan en Bancos suizos. Allí, las cuentas bancarias son cifradas y nadie puede averiguar nunca nada sobre ellas y sus transacciones. Bien, ordene a nuestra embajada en Suiza que rastree el nombre de Austin Reed. Quizá sea conocido allí.

El secretario se apresuró a abandonar el despacho para cumplir las órdenes.

Mucho más preocupado que de costumbre, Zulueta salió a su vez yendo en busca, de su coche. Rezongó que cada noche prolongaba más tiempo su jornada de trabajo, cuando fuera de allí había otras tareas mucho más agradables. Tareas que llevaban nombre de mujer...

Su coche zumbó fuera del recinto de Seguridad. El chófer condujo con su endiablada velocidad de costumbre y se perdió en la noche.

Tras él, quedaron unos ojos oscuros y ardientes, rebosantes de odio, siguiendo las rojas luces del «Mercedes» acorazado hasta perderlas de vista.

* * *

Jerry Lane tomó otro café y prolongó un poco más su charla con el propietario del restaurante. Hábilmente, como si se tratara de una charla insustancial, averiguó algunos detalles relativos a las costumbres de la temible policía política. Se enteró también de que si quería pasar una noche divertida habría de trasladarse a algunas millas de la ciudad, en un sector de playa donde aún funcionaban un par de casinos, frecuentados tan sólo por los potentados del nuevo régimen.

Después, salió a la calle y emprendió calmosamente el camino del hotel.

No había andado aún la mitad de la distancia, cuando en alguna parte retumbó el seco ladrido de una pistola.

CAPÍTULO VIII

La bala alborotó los cabellos de la muchacha y aulló al rebotar en la pared, pero ella no cesó de correr.

Tras ella, el guardia gritó algo a sus compañeros, pero éstos estaban demasiado lejos y no le oyeron. Estaban tratando de averiguar dónde había sonado el disparo.

El no esperó. Echó a correr, enfurecido al verse burlado por una mujer, casi una chiquilla.

Trotó en su persecución, zambulléndose por la callejuela donde ella había desaparecido. Oyó los ágiles pasos de la fugitiva y redobló la carrera.

No escaparía esta vez. Aunque fuera arrastrándola la llevaría a sus jefes. Seguramente le felicitarían, y hasta era posible que consiguiera un ascenso... tenían mucho interés en capturar a aquella fulana...

Fugazmente, vio una ligera sombra en movimiento y disparó otra vez. Si pudiera herirla en las piernas...

El estampido retumbó una y otra vez en el silencio impresionante del barrio, tan quieto y silencioso como si fuera una ciudad desierta.

La muchacha voló materialmente sobre sus ligeros pies. Dobló una esquina con la muerte en los talones. Luego, al final de las casas, desembocó en una avenida. Torció, y de pronto se dio de bruces contra un hombre.

Lanzó un grito y trató de retroceder. Unas manos como garras de acero la sujetaron.

—¿Qué te pasa, pequeña?

Era una voz tranquila, con un suave acento extraño.

—¡Suélteme!

—¿Te persiguen?

—¡Sí, sí!

—¿Quién, el tipo que ha disparado dos veces?

—¡Suélteme, maldito sea! Me matarán... ¡Quite sus zarpas de mis brazos!

Los pesados pasos del policía que se aproximaba sonaron secos y rotundos, muy cerca.

El hombre murmuró:

—Demasiado tarde, ya está aquí... Ven.

Ella levantó los ojos. Vio unos hombros poderosos y una cara que en la oscuridad no pudo distinguir.

El hombre la empujó hacia la pared, obligándola a guarecerse en un portal.

Entonces, la abrazó y dijo:

—Colabora, pequeña..., es tu cuello el que está en juego.

La besó en la boca y apretó.

Ella se quedó igual que paralizada. Luego, cuando sus labios ardieron como una llama, intentó desprenderse de aquel duro cepo que la inmovilizaba, pero no consiguió moverse ni una pulgada.

De modo que el beso penetró hasta lo más hondo de sus sensaciones, quemándola, obligándola a someterse a una tortura dulce que no pudo imaginar.

El policía dobló la esquina con el ímpetu de un tanque.

Dio unos pasos, mirando arriba y abajo. Lo único que vio fue a una pareja que ajenos a todo estaban besándose como locos.

Barbotando una maldición, se aproximó, y agarrando al hombre por el hombro, gruñó:

—¿Han visto pasar a una mujer corriendo?

El hombrón se volvió poco a poco.

—Sí... se fue por allí.

Señaló al sur de la avenida. Los ojos del policía estuvieron a punto de seguir el ademán de su brazo, pero en aquel instante la muchacha se movió y el hombre vestido de verde oscuro la reconoció.

—¡Maldita zorra! —barbotó, levantando la mano armada.

Lane suspiró y volteó la mano todo a la vez.

El filo duro como la piedra de su mano pegó de lleno en el costado del cuello del policía. Éste se encogió sobre sí mismo al tiempo que una zarpa aferraba su mano y le arrebató la pistola.

El hombre se desplomó sin un quejido.

—¡Ya podemos correr, pequeña! ¿O no había más que ése?

—¡Hay otros...!

—Entonces, vámonos de aquí.

Sacó un pañuelo y limpió cuidadosamente la pistola que le había arrebatado al agente. Luego, dejándola caer, tomó a la muchacha de la mano y ambos emprendieron una rápida carrera.

No se detuvieron hasta hallarse en las proximidades del hotel Nacional.

Entonces, Lane la obligó a sentarse en un banco de los jardines y dijo:

—Bueno, cuéntame por qué te perseguían. Es lo menos que puedes hacer ya que te saqué del apuro.

Ella jadeaba violentamente. Con voz entrecortada murmuró:

—¿Por qué lo ha hecho?

—Bueno, estabas en un apuro...

—Pero ha golpeado a un policía... ¡Dios y cómo le ha golpeado! ¿Sabe lo que le harán por eso si le detienen?

—Me preocuparé de eso después. Ahora, ¿cómo te llamas?

Ella empezaba a calmarse. Sin responder, se acercó a él tratando de verle la cara, cosa difícil en plena oscuridad.

—Usted... ¿Por qué diablos tuvo que besarme de aquel modo?

—Pensé que si nos tomaba por una pareja de amantes todo sería más fácil. Estuvo a punto de morder el anzuelo, pero entonces tú... En fin, la cosa ya no tiene remedio. Pero fue muy agradable. Podemos repetirlo si no te importa.

—¡Claro que me importa! ¿Por quién diablos me ha tomado?

—Todo lo que sé es que te persigue la policía.

—Eso no tiene nada que ver. Quieren detenerme porque... porque mi hermano conspiraba contra esos criminales de uniforme... y... y yo también.

Lane suspiró.

—Ya entiendo. Me he metido en un avispero por lo que parece. Es la primera vez en mi vida que me porto como un estúpido.

—¿Estúpido? —exclamó la muchacha—. ¿Por haberme salvado?

—Algo así.

—Escuche... anoche asesinaron a mi hermano... Se llamaba Raúl. Hace un año le detuvieron y estuvieron torturándole para que delatara a sus amigos... Le hicieron tanto daño que quedó con las piernas inútiles, paráliticas... ¿Sabe lo que me habrían hecho a mí si... si no me hubiera salvado usted?

—Puedo imaginarlo.

El se levantó. En la oscuridad, y a pesar de la proximidad, ella sólo veía su poderosa silueta.

—Ya puedes irte, muchacha —dijo Lane—. No creo que estén buscándote por estas cercanías.

Ella titubeó, levantándose también.

—No... no sé adónde ir esta noche —susurró.

—No me lo preguntes a mí. Tendrás amigos, supongo.

—Todos han huido. Les buscan también. ¿Sabe? Hasta mañana por la noche no puedo recurrir a nadie...

—Lo siento, esto es un problema tuyo.

—Sí, claro... es mi problema. Gracias de todos modos.

Inesperadamente, levantó las manos y le apesó la cara a Lane, tirando hacia abajo.

Sus ojos tan negros como la noche le miraron muy cerca... Luego, casi con rabia, le besó en los labios y separándose dijo:

—Tal vez me maten esta noche, pero antes de irme quiero decirle que nunca nadie me había besado de aquel modo...

Dio media vuelta y echó a correr, perdiéndose en la negrura de los jardines.

Jerry Lane maldijo entre dientes, enfurecido contra sí mismo.

Ciertamente, era la primera vez que teniendo trabajo entre manos, lo arriesgaba todo por meter la nariz donde no le importaba.

Refunfuñando, disgustado, se pasó la lengua por los labios y echó a andar hacia la entrada del hotel.

Olvidar el episodio con la muchacha sería fácil. Olvidar el sabor de sus besos no tanto.

CAPÍTULO IX

Lane se quitó la chaqueta y la camisa. Abrió el ventanal y dejó que entrara la brisa nocturna en la caldeada habitación.

Ceñudo, encendió un cigarrillo. El disgusto que sentía hacia sí mismo por la absurda tontería cometida esa noche le convenció de que, realmente, estaba haciéndose viejo y debía retirarse de una vez de esa vida condenadamente peligrosa que llevaba.

Inesperadamente, en los jardines oyó el escándalo de carreras y voces. Inquieto, se asomó y vio varias sombras pasar veloces entre los arbustos hacia la entrada.

Al mismo tiempo, más allá de los setos que delimitaban el jardín relampaguearon las luces de varios coches. Algunos se detuvieron y otros siguieron, veloces, su camino.

Maldiciendo entre dientes, se preguntó qué estupidez habría cometido la muchacha para haber atraído a los policías hasta allí.

Minutos después llamaron a la puerta. Abrió y se encontró con dos agentes uniformados, armados con metralletas.

—Pasen —dijo afectando jovialidad—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Se llama usted Lane, señor Jerry Lane?

—Ciertamente.

—Vimos su nombre en el registro. Hemos de inspeccionar su habitación.

—Bueno, háganlo... ¿Qué están buscando?

—A una mujer.

Él se echó a reír mientras ellos entraban.

—¿Y creen que la tengo aquí? Creo que a la administración no le gustaría que yo trajera mujeres a pasar la noche conmigo.

No le hicieron ningún caso. Revisaron el cuarto de baño, el armario y debajo de la cama.

Finalmente, uno de ellos dio un vistazo a la terraza.

—Disculpe —gruñó, retrocediendo—. Vámonos.

Los dos salieron precipitadamente.

Suspiró, aliviado.

Oía los rumores en todo el hotel. Estaban efectuando un buen

registro.

Acabó el cigarrillo y entró en el cuarto de baño para preparar la ducha. Cuando regresó al dormitorio para acabar de desvestirse, la muchacha estaba allí, rígida, a un lado del ventanal que daba a la terraza.

El sintió un ramalazo de pánico.

—¿Qué infiernos haces aquí? —barbotó—. ¿Por dónde entraste?

—Por ahí... —susurró, señalando la terraza.

Por un instante, la ira le cegó. Deseó abofetearla, llamar a los guardias y quitársela de encima... Todo antes que arriesgarse a dar al traste con su misión.

Se dominó a duras penas. Ella añadió con la misma voz contenida:

—Estaba al otro lado de la balaustrada cuando el esbirro se ha asomado... creí morir de miedo.

—Ojalá te hubieras muerto. ¿Qué pretendes metiéndome a mí en tus embrollos?

Ella se encogió de hombros.

—Casi tropecé con una patrulla cuando huía... hube de retroceder y entonces me descubrieron. Pensé ocultarme en los jardines. Hubiera podido esquivar a dos o tres, pero entonces llegaron más refuerzos... y te vi asomado en la terraza poco antes de que ellos llegaran.

—Y decidiste que yo podía arriesgar el cuello por ti...

—Tienes miedo...

Lane rechinó los dientes.

—¿Has pensado qué harás si esos tipos vuelven?

—Me tiraré por la terraza y que sea lo que Dios quiera.

—Ya veo.

—Tienes motivo para tener miedo, porque si te descubren te ejecutarán. Les oí hablar mientras estaba oculta abajo, ¿sabes?

—¿Y qué?

—El policía que golpeaste ha muerto.

El sintió una corriente de hielo en la espesa.

—¡Muerto!

—Eso decían... Aunque no lo entiendo. No le disparaste, ni le clavaste un cuchillo, lo vi perfectamente. Sólo le diste un golpe.

—Y me pasé de rosca... ¡Maldita sea mi estampa! ¿Quién me mandaba a mí...?

En el jardín seguían resonando voces, y pasos precipitados, y de vez en cuando una orden seca de algún oficial impaciente.

La muchacha se le aproximó. Con su cara asustada parecía aún más niña de lo que él recordaba.

—Deja que me oculte aquí hasta que se vayan —musitó—. No haré nada que pueda molestarte, de veras... estaré muy quieta donde tú me digas.

—Debería tirarte por la ventana, eso es lo que debería hacer.

—Pero no lo harás. Sería lo mismo que si me asesinaras con tus propias manos...

El lanzó un bufido. Le hubiera gustado golpearse de cabeza contra las paredes.

—Está bien, mientras no vuelvan —dijo a regañadientes.

Ella sonrió. Tenía unos labios carnosos, turgentes y suaves. Lane recordó lo que sintiera cuando los estrujó en su boca y volviéndose de espaldas a la muchacha buscó un cigarrillo.

Con él en la mano salió a la terraza. Los policías continuaban rastreando el jardín, ahora ayudándose con potentes linternas eléctricas.

Desde otras terrazas y ventanas, los demás huéspedes contemplaban también el espectáculo.

Volvió al interior de la habitación. En el pasillo se oían pasos otra vez.

—Malditos sean... no se dan por vencidos. Rápido, quítate el vestido.

—¿Qué?

—¡Quítatelo, condenación!

Ella titubeó. Rechinando los dientes Lane fue hacia ella con la ira chispeando en sus ojos, habitualmente fríos y calmosos.

—Si crees que por tus tonterías voy a jugarme el pellejo estás equivocada. Te lo quitaré yo...

—¡No me toques!

Rápidamente, se quitó el vestido.

Ella había quedado exactamente igual que si llevara un bikini, aunque mucho más sofisticado.

Le arrebató el vestido de las manos y rápidamente lo convirtió en una bola.

—Ahora escúchame bien, porque de que sigas mis instrucciones

dependerán nuestras vidas si esos fulanos asoman otra vez.
¿Entiendes?

Ella asintió con un leve gesto.

—Aguardarás en el cuarto de baño. Si llaman a la puerta te meterás bajo la ducha de inmediato, sin titubear, ¿entiendes? Te quedarás dentro, con el agua corriendo, acurrucada en un rincón y con la cortina a medio correr. Si el polizone no mete la cabeza dentro de la bañera no podrá verte.

—¡Pero oírás correr el agua!

—Precisamente... espero poder convencerle de que quien estaba duchándose al llamar era yo.

La empujó hacia un rincón, cerca de la puerta del baño.

La miró de arriba abajo descaradamente. Ella cruzó los brazos sobre el pecho y su bello rostro se tiñó de un suave color rojo.

—¡No me mires así, maldita sea! —barbotó.

—Yo no te pedí que vinieras a complicarme la vida, así que cierra el pico.

—¿Qué vas a hacer con mi vestido?

—Si llaman lo introduciré en la cisterna del water. Ellos buscaran a una mujer. No mirarán adentro.

Apenas había acabado de hablar cuando alguien golpeó la puerta.

Le hizo seña de que se mantuviera callada. Entró en el cuarto de baño y desde allí gritó:

—¿Quién está ahí?

—¡Policía, abra la puerta!

—¡Estoy en la ducha! Ya entraron antes y...

—¡Abra de una vez!

—¡Está bien, un momento!

Se desvistió rápidamente y saltó dentro de la bañera dejando correr el agua. Luego, salió y tras envolverse con una toalla empujó a la muchacha dentro.

Sus pies desnudos dejaban pequeños charcos en el suelo mientras se dirigía a la puerta.

Esta vez, los dos agentes que ya registraron antes estaban acompañados de un oficial.

—¿Señor Lane?

—Sí, oficial.

—Lamento importunarle, ya sé que han registrado estas

habitaciones.

—¿Entonces? Estaba bajo la ducha... ni siquiera he atinado a cerrar el agua. ¿Qué desean ahora?

—Su pasaporte, por favor.

—Oh, eso... Un momento.

Sosteniendo la toalla en torno al cuerpo, sacó el pasaporte del bolsillo de la chaqueta y lo llevó al oficial, que lo examinó con rapidez.

—Conforme, señor. Buenas noches.

Cerró la puerta con un suspiro de alivio.

Cuando entró en el baño, la muchacha estaba acurrucada en 3a bañera soportando el chorro de agua.

—Pareces un gatito mojado —murmuró en voz baja.

Cerró el agua y le recomendó:

—No hagas el menor ruido.

—Sólo deme una toalla.

—No será ésta —rió Lane.

Le buscó otra y se la entregó, dejándola allá dentro.

Aplicó el oído en la puerta. Ya no se oía nada en los pasillos, pero sí en el jardín.

Pero también allí estaba cesando el alboroto. Los policías se habían convencido de que la presa se les había escabullido de entre los dedos.

Jerry Lane cerró el ventanal y corrió las cortinas. La muchacha apareció envuelta también en la toalla.

—¿Y ahora qué? —susurró.

—Lo malo será el vestido... no creo que se seque en una noche.

Cuando te hayas secado tú puedes envolverte en una sábana. Ya pensaremos algo.

Iba a entrar en el baño para recoger sus ropas y sacar el vestido de la muchacha cuando ella susurró:

—Gracias... otra vez me has salvado la vida.

—He salvado la mía, niña. Métete eso en la cabeza.

—Sí, bueno...

Mientras estaba en el cuarto de baño, enfundándose en los pantalones, el pistolero se sorprendió al darse cuenta de que había olvidado las ganas de golpear a la muchacha.

Decididamente, estaba haciéndose viejo.

CAPÍTULO X

—Ahora, cuéntame qué clase de revolución es la que estáis, preparando tú y tus amigos.

La muchacha, sentada en la cama y envuelta en una sábana, sacudió la cabeza.

—No es ninguna revolución. Nosotros no queremos una revolución.

—Entonces, ¿qué?

—Sólo queremos vengarnos de ese monstruo gordo y seboso...

—¿El presidente?

—No, Zulueta, el jefe de la Seguridad. Ha mutilado y matado a tantos presos que hasta él mismo debe haber perdido la cuenta... Uno de ellos, mi hermano.

—Bien, hasta aquí lo entiendo. Pero si ese individuo muere, el presidente nombrará otro igual y poco habréis ganado, digo yo.

—Ninguno será una bestia sanguinaria como Zulueta... Y el presidente, sin su influencia, creemos que podrá desarrollar más sus proyectos de reforma.

Jerry Lane enarcó las cejas.

—De modo, que estáis conformes con el presidente...

—Sí. No es bueno, lo sabemos, pero es mejor que los que ocuparon el poder antes que él.

—Es sorprendente... Estoy asombrado de los recovecos de la política de tu país, pequeña.

—¡No me llames pequeña, maldita sea!

—Bueno, no eres muy mayor tampoco... Se me ocurre que debe ser endiabladamente difícil comprender vuestro sistema de gobierno, de la oposición y todo eso —dijo, para obligarla a hablar.

—¿Por qué difícil?

—Bien, supongamos que el presidente muere. ¿Cómo y por quién sería sustituido?

Laura se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo yo, pobre de mí? Pero supongo que la oposición podría asaltar el poder entonces.

—Los tuyos, supongo.

—No entiendes nada. Yo no pertenezco a ningún partido. Si gobernarán los que ahora son la oposición, estaríamos como antes... gobernados por los grandes consorcios norteamericanos. Para eso, es mejor que siga el presidente. Por lo menos, con él hemos mejorado algo.

Perplejo, Lane murmuró:

—¿Es así como piensa la gente?

—La mayoría sí.

—Y la oposición de que estamos hablando... ¿Puede actuar más o menos en el país?

—No tienen ninguna influencia ahora. Los jefes están exiliados, y los segundones, que quisieran ocupar sus puestos, no hacen otra cosa que hablar a los diarios extranjeros de las grandes cosas que harían si les dejaran. Como siempre —terminó despectivamente.

El encendió un cigarrillo y estuvo un rato callado.

Laura susurró:

—Nosotros sabemos que cualquiera que gobierne seguiremos igual, así que... De todas maneras, Zulueta tiene que morir. Ha acumulado tanto poder que a veces la gente se pregunta quién gobierna realmente, si él, o el presidente.

—Quizá he leído algunas de estas declaraciones de que hablabas antes, fuera del país. ¿Cómo se llaman esos segundones que quisieran ocupar la cabeza de la oposición?

—Bueno, hay varios, pero sólo dos con cierto renombre... Almedo y Estrada

—No los recuerdo —mintió Lane como dando por agotado el tema.

Tras un silencio, la muchacha murmuró:

—¿Cómo vamos a dormir, has pensado en eso?

Él sonrió.

—No empieces a tener ideas raras. Casi puedo ser tu padre, así que tranquila

—No pensé que fueras tan viejo.

—Tengo treinta y seis, pero me siento viejo de mil años.

—Yo tengo veintidós, ¿sabes?

—Felicidades.

—¿Por qué te enfadas ahora?

—No me enfado.

—¿Entonces?

—Sólo pensaba en los años perdidos... en que tuve la mala suerte de nacer demasiado pronto... en que estás poniéndome nervioso y en que he sido un idiota por haberte ocultado. Y ahora cierra el pico y a dormir.

—Espera... Quisiera que volvieras a besarme.

—¿Qué?

Ella sólo le miró. Empezó a sonreír, indecisa.

Al fin, inclinándose sobre ella, Jerry Lane la obedeció.

* * *

Los dos hombres cambiaron una mirada alarmada.

El tercero, un tipo delgado, joven y de aspecto resuelto dijo:

—No parece que les guste el plan... yo creí que se alegrarían.

Almedo sacudió la cabeza.

—¡Estáis locos! —barbotó.

Estupefacto el más joven se quedó boquiabierto. Tratando de suavizar las cosas, Estrada dijo:

—No es el momento, Pedro, sencillamente.

—Pero, ¿por qué? Cuanto más tiempo tenga el poder en la mano, Zulueta seguirá diezmándonos.

Almedo, impaciente, gruñó:

—¡No habrá ningún atentado contra Zulueta ni contra nadie, hasta que nosotros demos la orden!

Pedro se envaró. Ahora ya no parecía cohibido por la presencia de los dos personajes.

—Señor Almedo —dijo con voz firme—, he querido informarles a ustedes porque representaban la oposición en el país. Pero no creo que ni yo ni mis amigos podamos aceptar sus órdenes, si éstas se encaminan a evitar que le demos su merecido a Zulueta.

—¡Maldita sea! ¿Es que no lo entiendes? Supongamos que Zulueta muere. ¿Qué habremos ganado? Nada, su puesto será ocupado por otro hombre de confianza del presidente, pero éste continuará en el poder.

Estrada terció:

—Escucha, Pedro..., no estoy en condiciones de revelarte nada, pero sí puedo decirte que en estos momentos, cualquier cosa que ocurra que pueda provocar un aumento de tensión política es

contraproducente a nuestros intereses. Pero puedo asegurarte que a Zulueta le llegará su turno, aunque sólo cuando sea el momento adecuado, no antes ni después.

—No comprendo nada —murmuró Pedro, desconcertado.

—No necesitas comprender —saltó Almedo—, sólo obedecer.

La serena mirada del joven conspirador se fijó en el rostro del político.

—Hablaré con mis amigos. Ellos habrán de decidir esta cuestión. De todos modos, les informaré cuando sepa algo concreto.

Se despidió abruptamente y salió.

Almedo barbotó:

—¡Pandilla de imbéciles! Si cometen ese atentado, se reforzará la vigilancia y el presidente doblará su escolta, creando más dificultades al inglés. ¿Qué opinas tú?

—Sólo hay una cosa que podamos hacer. Pedro ha dicho que se reunirán esta noche para discutirlo...

Almedo se sobresaltó. Después, una sonrisa aleteó en sus labios duros.

—Ya entiendo. Creo que eso deberá corresponder a Luis Córdoba, ¿no te parece?

—Llámallo.

—Saldré y le hablaré desde cualquier teléfono público. No me fío de nuestro teléfono. Zulueta puede tenerlo intervenido.

—Es muy posible... Dile a Córdoba que venga antes de la noche o no habrá tiempo después.

Luis Córdoba podía considerarse como el eterno segundón que algunos políticos mantienen a su lado durante años.

Escurridizo, capaz de cualquier cosa por dinero, o por la influencia que algún día pudiera corresponderle cuando Almedo y Estrada alcanzasen el poder, su carencia de escrúpulos le hacía apto para cualquier clase de cometido.

Procedente de los más bajos estratos sociales de la ciudad, en sus veintisiete años había aprendido a valerse por sí mismo, aunque nunca gozó de un mínimo bienestar hasta entrar al servicio de los dos hombres públicos, a los que había prestado inestimables servicios, algunos tan importantes y tan sucios que él mismo deseaba olvidarlos.

Ése fue el hombre que llegó a última hora de la tarde al piso que

servía de cuartel general a la apenas tolerada oposición.

—Siéntate —dijo Almedo—. Vas a hacer un trabajo, y a hacerlo bien.

—Yo siempre trabajo bien, señor Almedo. ¿De qué se trata, del extranjero?

—No, de él te ocuparás cuando haya cumplido su compromiso con nosotros, y ya sabes cómo. Ahora... ¿Todavía mantienes relaciones amistosas con ese policía... cómo se llama...?

—Sebastián, señor Almedo. Sebastián Florez.

—El mismo.

—Pues sí, señor. Nos vemos de vez en cuando.

—Le buscarás esta tarde, tan pronto salgas de aquí. Dile que vas a hacerle un favor que muy bien puede valerle un ascenso...

Córdoba no se asombraba de nada, así que esperó, inexpresivo como una estatua.

—Un grupo de conspiradores se reúnen esta noche, en la trasera del bar de Pedro... tú ya sabes quién es. Planean asesinar a Zulueta.

—¿Es eso lo que tengo que decirle a Florez?

—Ni más ni menos.

—Supongo que ya saben ustedes lo que Zulueta hará con ellos cuando los tenga en su poder.

—Les hará pedazos. Pero por razones muy importantes, ese atentado que planean no debe llevarse a cabo.

—Entiendo.

Se dispuso a salir, pero antes Estrada le detuvo.

—Recuerda que debes estar cada día a la misma hora de hoy junto a ese teléfono. Cuando volvamos a llamarte ya sabes lo que tienes que hacer.

—Matar al inglés... cuando haya hecho lo que tiene encomendado. Pero...

—¿Qué te preocupa, Córdoba?

—Espero que cuando ustedes alcancen el poder no se olviden de las promesas que me han hecho.

—De eso puedes estar seguro —masculló Almedo—. Eres muy valioso para nosotros como para que te olvidemos.

—Gracias.

Se despidió y salió, dejando a los dos hombres muy satisfechos. Estrada, sonriendo, dijo:

—Será una gran cosa ahorrarnos medio millón de dólares...

—Cierto, pero aún será más importante eliminar al inglés, porque de este modo jamás podrá sentir la tentación de delatarnos. Sólo que cumpla el trato y nosotros haremos el resto.

Era una manera como otra cualquiera de sentenciar un hombre a muerte...

CAPÍTULO XI

Luis Córdoba abandonó la casa de los dos jefes y caminó apresuradamente por la calle en la que empezaban a extenderse las sombras.

Sus pensamientos no podían ser más eufóricos. Sabía que tarde o temprano, Almedo y Estrada alcanzarían el poder. Tenían audacia, carecían de escrúpulos y eran inteligentes y astutos. Entonces habría llegado también su oportunidad.

Iba tan entusiasmado con ese brillante futuro, que no se percató del hombre que caminaba tras él, manteniéndose a cierta distancia.

El hombre parecía un pordiosero. Nadie le habría dedicado un segundo vistazo.

No perdió de vista a Córdoba en todo su largo camino hasta la tétrica muralla que protegía el edificio de la Seguridad. Allí, le vio hablar con el centinela de la puerta, y después pasearse arriba y abajo, impaciente.

El pordiosero, fundido en la cavidad de un portal, aguardó hasta ver salir un hombre de aquel ignominioso antro. El hombre y Córdoba hablaron unos minutos, y finalmente entraron al recinto, desapareciendo.

El pordiosero se alejó, cada vez más aprisa. Donde encontraba una calle desierta y silenciosa, echaba a correr desesperadamente.

El bar de Pedro era un cubículo estrecho y alargado, sin mesas, sólo un ruinoso mostrador tan largo como el local.

Detrás de éste, Pedro atendía a los escasos clientes, cuando los había. En el momento en que el pordiosero entró, el local estaba vacío.

Pedro dijo:

—¿Qué diablo haces aquí?

—Seguí a Córdoba —el hombre jadeaba—. Tenías razón... No podemos fiarnos de ellos.

—¿Por qué?

—Córdoba estuvo hablando con esos dos puercos un buen rato. Luego salió y fue directamente a la sede de la Seguridad... Allí le vi

hablar con ese traidor, el que vendió a Raúl hace un año...
—¿Sebastián Florez? —exclamó Pedro, chimando los dientes.
—Ese mismo.

—¡Canallas! Nos han vendido...

—Pero, ¿por qué, Pedro? Militamos en su mismo bando.

—Ellos no lo creen así. Han sido capaces de vendernos para evitar el atentado contra Zulueta... y yo fui lo bastante idiota para confiar en esos politicastros... Hay que alertar a los demás. Es casi seguro que vendrán aquí, esta noche.

—Muy bien. Cierra la puerta y encárgate de ello. Yo me ocuparé del cerdo de Córdoba... ¡Maldito!

—No le mates... le cazaremos y le obligaré a escupir su traición delante de todos. Vamos...

Cerró rápidamente la puerta y ambos abandonaron el bar a toda prisa.

Justo treinta minutos después, los coches de la policía hacían su aparición, acordonando el barrio y precipitándose hacia la humilde casa, que encontraron cerrada a cal y canto.

Ese fracaso policíaco iba a tener complejas y graves consecuencias, tanto en un bando como en el otro...

* * *

En todo el día no había podido quitarse de la cabeza la imagen de Laura.

Sabía que era absurdo, ridículo que él, a sus treinta y seis años, con la clase de vida que había vivido hasta entonces, con la enciclopédica experiencia acumulada, se dejara obsesionar por una muchacha de apenas veintidós años.

Quitársela de encima sin armar un alboroto en el hotel ya había sido difícil, y ella no le facilitó las cosas. Pero ahora estaba libre de la muchacha y de nuevo volvió a ocuparse de sus propios asuntos.

Anduvo en su papel de turista, captando la gran proliferación de patrullas policíacas. Le pidieron el pasaporte dos veces y se dio cuenta de que los policías estaban nerviosos, quizá porque sabían que la gran mayoría de la población les detestaba y que en cualquier esquina podían clavarles un cuchillo en la espalda si se descuidaban.

Después de visitar otra vez los alrededores de la catedral, y examinar disimuladamente las ventanas del museo, calculando la más idónea para efectuar un solo disparo, siguió recorriendo la ciudad hasta los arrabales.

Esta vez sin rumbo determinado, llegó a las inmediaciones del cementerio.

Enarcó las cejas, porque a cualquier otro, más supersticioso que él, el hecho de que sus pasos le hubiesen llevado hasta tan lúgubre recinto le hubiera impresionado como un presagio.

Lane entró.

A la derecha se extendían los mausoleos y las hermosas lápidas de la gente más o menos importante enterrada allí. Era una parcela semejante a un jardín bien cuidado.

A la izquierda, al frente y al fondo, se alzaban los bloques de nichos, tristes, patéticos en su soledad y abandono.

Estaban levantando nuevos pisos de sepulturas sobre los nichos ya ocupados. Tres o cuatro obreros apáticos le miraron desde la altura, para olvidarle inmediatamente y volver a su trabajo sin mucho entusiasmo.

Salió, indiferente. Pensaba insistentemente en Laura y en el museo. No lograba apartar a la muchacha lo bastante como para concentrar todos sus pensamientos al plan que estaba forjándose al fin para el golpe definitivo.

Por supuesto, tenía tiempo sobrado de planearlo todo con detalle, puesto que faltaba aún casi todo un mes para que el presidente asistiera a la catedral para conmemorar el aniversario de su toma de poder. Pero necesitaría parte de ese tiempo para salir del país y recoger el arma especial que necesitaría para el trabajo.

Entre unas cosas y otras, cuando hubo cenado era noche cerrada, y al regresar al hotel se preguntó qué suerte habría corrido Laura después que se separó de él con su vestido arrugado.

Subió a su habitación, cansado del largo paseo, fastidiado consigo mismo porque no estaba satisfecho de cómo iban las cosas.

Encendió la luz y cerró la puerta, ansiando sólo acostarse después de una buena ducha.

Laura estaba tendida en la cama y le miró incorporándose sobre un codo.

Lane dio un respingo y la ira le dominó.

—¿Qué infiernos estás haciendo aquí? —bufó.

—Esperándote.

—Te dije que no quería volver a verte... te lo dije muy claro.

—No tengo adónde ir...

—¡Condenación! Lárgate de aquí antes que no pueda contenerme y te arroje por la ventana.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—Eso también quedó muy claro.

Ella se levantó poco a poco. Sus grandes ojos parecían dolidos.

—No tienes sentimientos, Jerry.

—Afortunadamente.

—Sólo que yo sí los tengo.

El rió, y había un inmenso sarcasmo en su voz cuando replicó:

—Apuesto que vas a decirme que te enamoraste de mí...

—Sí.

—¿Qué?

—Me enamoré de ti, anoche. Con todo mi corazón. Pero no es por eso que estoy aquí.

—¿De veras?

—No te burles de mí, Jerry..., porque he venido a salvarte la vida.

Él se estremeció.

—¿De qué estás hablando?

—De cuando hayas matado al presidente.

El pistolero dio tal salto que cayó junto al lecho. Su mano, como una garra de hierro, atrapó a la muchacha del brazo y la levantó en vilo.

—¿Qué has dicho, maldita sea?

—¡Me haces daño!

—¡Maldita! Te retorceré el cuello si no hablas... ¿Qué sabes tú del atentado?

—Todo —susurró Laura, atemorizada.

La soltó, temblando de furor.

—Debí suponer que esos bastardos aficionados, politicastros de mala muerte, no podrían mantener la boca cerrada... pero acabas de meterte en un buen lío, pequeña.

—¿No quieres escucharme?

—¡Ya lo creo que voy a escucharte! Y puedes jurar que hablarás más que un papagayo.

—¡Jerry...!

—¡Jerry un demonio! Empieza, y no calles hasta haber escupido todo lo que sabes.

—¿No quieres comprender que he venido solo para decírtelo, para que no te asesinen?

—¿Quiénes?

—Almedo y Estrada.

El la miró, echando chispas.

—Continúa.

—Ellos tienen un hombre de confianza... se llama Córdoba. Bs un rufián sin seso al que encargan todos los trabajos sucios. Ese Córdoba era el encargado de matarte cuando tú hubieras llevado a cabo el atentado contra el presidente.

—Ya veo... Ahora, dime cómo lo sabes.

—Mis compañeros apresaron a Córdoba, porque nos vendió por orden de sus dos jefes. No querían que atentásemos contra Zulueta, ¿comprendes? Pedro y los otros le hicieron hablar y yo estaba allí. Vine en cuanto pude para advertirte.

—De modo, que hay media ciudad que sabe que estoy aquí y para qué estoy... ¡Ojalá me hubiera partido la crisma el día que...!

—¿Qué vas a hacer ahora, Jerry?

—¡Largarme al infierno!

—Llévame contigo.

Por segunda vez en esa noche, Lane se quedó estupefacto.

—¿Llévarte conmigo? —Ladró—. ¡Estás chiflada, nena!

—A donde vayas, sea donde sea...

—Ahora sabes la clase de tipo que soy. Un pistolero a sueldo, un mercenario, un... asesino.

—No me importa. Te quiero.

—Necesitas un siquiatra. Lárgate de aquí y deja que yo resuelva lo que voy a hacer de inmediato.

—Sea lo que sea, Jerry, no dispaes contra el presidente... él puede gobernar con un poco de justicia... infinitamente mejor que esos lacayos de los consorcios americanos. Y cuando te marches, llévame contigo... te quiero, Jerry. Soy tuya, ¿no comprendes?

El rechinó los dientes.

Conteniéndose a duras penas rugió:

—¡Vete!

—No me iré. Te han traicionado... iban a asesinarte, y nos han vendido a nosotros empujados por su ambición bastarda, Jerry. Tienes que ayudarnos. Tú puedes ayudarnos.

—¿Mezclarme en un complot de idiotas aficionados? Mira, lárgate antes que pierda la poca paciencia que me queda.

Ella abatió la cabeza, tratando de ocultar las lágrimas que al fin desbordaban de sus hermosos ojos. Poco a poco se dirigió a la puerta. Era la patética imagen de la derrota.

Abrió la puerta y salió.

El maldijo en todos los tonos.

Meterse en un atentado sólo por complacer a unos estúpidos que jugaban a las revoluciones...

De pronto, el chispazo saltó en su mente. Un chispazo que fue como una revelación.

Salió zumbando de la habitación y del hotel, maldiciendo entre dientes, aunque ahora por otros motivos.

Atrapó a la abatida muchacha casi en la primera esquina.

—¡Espera un minuto! —Gruñó.

Ella levantó la mirada. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Para qué, quieres seguir burlándote de nosotros?

—Éste... no me burlo. Quizá podamos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo... en dinero? Si es así, olvídalo, mercenario. No tenemos dinero. Ningún dinero.

—No me refería a eso. ¿Dónde podemos hablar?

—Estábamos hablando en tu cuarto y me echaste.

—¡Oh, está bien, está bien! —exclamó, impaciente—. ¿Qué quieres, que te pida disculpas?

Inesperadamente, Laura le rodeó el cuello con los brazos y le besó.

Se fundieron apretadamente en aquel beso.

Después, susurró:

—Vamos...

Le tomó la mano y ambos echaron a andar en la noche.

CAPÍTULO XII

Era una choza miserable y mal oliente, pero para llegar a la cual habían tenido que salvar dos controles tan efectivos como pudieran serlo los de la policía en su cuartel general.

Los hombres le observaban con desconfianza, con sus ojos cargados de recelo.

Laura, a su lado, deslizó la mano entre sus dedos duros como el acero y susurró:

—Él nos ayudará, Pedro. Es un profesional.

—Si realmente es el hombre de que habló Córdoba, es un mercenario... Lucha o mata por dinero. Nosotros no podemos pagarle ni un centavo. ¿Por qué habría de ayudarnos?

—Porque yo se lo pedí.

La sencilla declaración de la muchacha hizo dar un respingo al conspirador.

—¿Sólo por eso? Estás loca.

Lane gruñó:

—Ya es suficiente. Son ustedes una pandilla de idiotas que van a hacerse matar en nombre de unos ideales inconcretos en los que ni siquiera ustedes mismos creen. Si estoy aquí es porque ya hay demasiada gente enterada de mi presencia en este país, y porque he sido traicionado por los mismos que contrataron mis servicios. Quiero hacérselo pagar, eso es todo.

—¿Usted habla de nuestros ideales? —barbotó Pedro—. ¿Cuáles son los suyos, extranjero?

—Los dólares. El dinero es mi único ideal. Y si tú hubieses vivido lo que yo, serías lo bastante inteligente para pensar igual.

—Le repito que nosotros no tenemos dólares.

—¡Al diablo con ustedes!

Dio media vuelta y desprendiéndose de la muchacha se dirigió a la puerta.

Allí se detuvo y dijo como despedida:

—Cuando les hayan matado, yo leeré las noticias en cualquier playa del mundo, tomando el sol y... viviendo. Ésa es la diferencia entre

su modo de luchar y el mío.

—¡Espera, Jerry!

Laura corrió hacia él y le retuvo. Luego, volviéndose, gritó:

—¿No te das cuenta de que es nuestra única esperanza, Pedro? De veras, ¿no quieres comprenderlo?

Pedro titubeó.

Miró, apurado, a su alrededor, a los otros conspiradores, que parecían tan azorados como él.

Entre dientes masculló:

—Está bien, escuchándole no perdemos nada.

Laura tiró de Lane casi con lágrimas en los ojos.

—Bueno, ¿cómo lo haría usted? —murmuró el cabecilla del grupo.

—No lo sé. Ignoro aún qué es lo que pretenden concretamente.

—Matar a esa bestia sanguinaria de Zulueta.

—Hábleme de él; de sus costumbres, cómo se desplaza, dónde vive y con quién, qué escolta le protege, cómo es su coche y el recorrido que efectúa cada día. Todo. Un solo detalle insignificante puede dar el éxito o el fracaso en un asunto como éste.

Se miraron, aturridos.

Luego, Pedro empezó a hablar, y a medida que lo hacía, él mismo se sorprendió de que, realmente, supiera tantas cosas sobre Zulueta. Muchas más de las que nunca creyera quizá porque jamás se había detenido a pensar en el asunto de este modo.

Cuando terminó, Lane dijo:

—De modo que viaja en un coche acorazado, a prueba de balas. ¿Qué clase de coche?

—Un «Mercedes», reformado.

—Mal asunto.

—Es un coche muy rápido, Lane. El chófer conduce a más de cien por hora, y aún acelera más en la avenida.

—¿Una avenida recta?

—Sí.

—¿Mucho tránsito?

—Poco. En las horas en que él pasa, apenas si existe realmente tránsito.

—¿Y no lleva escolta, seguro?

—No la llevaba hasta hoy. Pero con la delación de Córdoba, seguro que volverá a llevar otro coche detrás cargado de sus mejores

esbirros.

Lane encendió un cigarrillo.

—¿Cómo pensaban hacerlo ustedes?

—Bueno, pensábamos detener el coche de algún modo, y acribillar los cristales con nuestras metralletas...

—Unos cristales a prueba de balas, seguramente «Securyt Mach». Necesitarían un cañón para astillarlos.

—Entonces, ¿cómo, según usted?

—Necesitaré un plano de esa avenida y de las calles que desembocan en ella.

—Tenemos planos aquí.

Extendió uno sobre la mesa y marcó con lápiz rojo el trayecto recorrido todos los días por el coche del gordo jefe de la Seguridad.

Lane gruñó:

—¿Qué calles, de las que convergen en ese trayecto, son en pendiente?

Pedro estudió el trazado. Luego, señaló dos.

—Éstas —dijo—. Las dos tienen pendiente hacia el paseo.

—¿Muy pronunciada?

—Ésta, sí.

—Márquela.

Lo hizo.

Laura susurró:

—¿Se puede hacer, Jerry?

—No hay un atentado que no pueda hacerse. Lo importante es realizarlo sin perder el pellejo... Veamos..., ¿con qué armas cuentan?

—Metralletas, pistolas...

—¿Explosivos?

—No.

—Se necesitan explosivos, Pedro. ¿Tienen manera de procurárselos?

—No creo..., tal vez un par de bombas de mano...

—Eso no sirve más que para espantar tontos. Si yo le entrego una lista de materiales, ¿podrían obtenerlos, para que yo fabricase la bomba que se necesita?

—Tal vez...

—Lo haremos así. Otra cosa... Una furgoneta. O por lo menos un vehículo sólido y pesado, pero no un camión.

—Podemos robarla.

—Nada de podemos. «Hay» que tenerla a punto en el momento preciso.

—Cuenta con ella.

Lane volvió a inclinarse sobre el plano y consumió otro cigarrillo sin despegar los labios.

—Se necesitarán dos coches más. ¿Qué direcciones tienen estas calles, ascendentes o descendentes?

—¿Dónde cree que está, amigo? Aquí hay muy poca circulación. Todas esas calles son de doble dirección.

—Ya veo... Dos coches, uno aquí, y el otro... en esta esquina. ¿Comprendido?

Pedro miró las señales dibujadas por Lane.

—Estarán ahí.

—Asegúrense de que tienen gasolina suficiente. Si es preciso llenen los depósitos a tope antes de apostarlos. Revisen la presión de los neumáticos y el aceite. Y si pueden coloquen baterías nuevas. Métense en la cabeza de que esos coches serán nuestro seguro de vida. Un solo fallo que tengan y valdrá más que nos peguemos un tiro. ¿Comprendido?

—Seguro.

Pedro le miró ahora con creciente respeto. Y en su fuero interno tuvo la certidumbre de que, al fin, Zulueta era hombre muerto.

—Ahora, la ruta para escapar. Trácela con todo detalle... de principio a fin. Usted conoce la ciudad. Busque la manera de salir de ella lo más rápido posible.

—Eso no ofrece dificultad... La carretera exterior nos permitirá llegar aquí en cuestión de minutos. Después, nos dirigiremos a las montañas.

Lane sonrió.

—Yo no.

—¿Cómo?

—Yo me quedaré en la ciudad, amigo. Ese atentado será sólo la primera parte de mi trabajo total.

Laura se estremeció.

—¿Sigues pensando en matar al presidente?

—No deberías preguntar estas cosas, pequeña. De todos modos a eso vine.

—¡Pero te han traicionado!

—Justamente. Me han traicionado, y no sólo eso, sino que piensan asesinarme... Bueno, hasta hoy, nadie lo consiguió jamás. No voy a permitir que lo hagan justo cuando estoy pensando en retirarme.

Pedro murmuró:

—De modo que no vendrá usted con nosotros, en los coches...

—No, Pedro. Esos coches serán para escapar ustedes.

—Desde luego, no le comprendo a usted... Se preocupa hasta el más mínimo detalle de la fuga... y es para nosotros, no para usted.

Él le miró, y en sus ojos helados chispeó algo que puso escalofríos en los hombres.

—Si me coloco a su lado, ustedes trabajan conmigo. Si puedo evitarlo, no voy a permitir que a causa de su inexperiencia les hagan pedazos después. Además... Laura huirá en esos coches también.

—¿Quién, yo? Ni lo sueñes.

—Vuelve a repetir que te quedarás a mi lado y te doy tal azotaina que no podrás sentarte en un mes. ¿Alguna duda, Pedro?

—Ninguna, amigo.

—Entonces, vamos a por la lista. Cuanto antes tenga esos materiales aquí, antes daremos el golpe.

Le proporcionaron papel y un bolígrafo. Comenzó a escribir, reflexionando profundamente para construir el explosivo con los materiales más sencillos posible, más fáciles de hallar en el mercado.

Cuando terminó se echó atrás y levantó la mirada.

—Traten de comprar cada artículo en una tienda distante de la otra, y no compren más de dos en el mismo lugar. ¿Entendido?

Pedro tomó la lista y la leyó.

—Hay algunas cosas que resultarán difíciles de encontrar... Oiga, ¿para qué demonios necesita ese aparato de roscar hierro?

El esbozó una mueca.

—Es parte del equipo que necesito.

—Está bien. Manos a la obra.

—Escriba en papeles aparte lo que cada hombre debe comprar. Sólo eso.

Salieron fuera, él y Laura. Una luna enorme y blanca flotaba sobre sus cabezas como un globo gigantesco.

—Gracias, Lane —susurró la muchacha.

—No me las des. Estoy trabajando para mí también.

—Pero yo me iré contigo.

Soltó un bufido.

Pero antes que pudiera replicar, los hombres empezaron a salir y todo lo que pensaba decirle se esfumó de su mente y ya sólo quedó una cosa, un deseo, el ansia de aquellos labios duros y suaves a un tiempo, y de aquel cuerpo que había sentido palpar entre sus manos... sin haber podido olvidarlo a pesar de sus esfuerzos.

CAPÍTULO XIII

En la oscuridad de la inclinada calle. Jerry Lane revisó una vez más los preparativos.

Una pesada furgoneta estaba aparcada al lado de la acera, a diez metros de la esquina, con el morro apuntando a la avenida.

Al otro lado de ésta, también en la esquina, esperaba un coche aparentemente vacío, y sabía que una travesía más al sur había otro en idénticas condiciones.

Dentro de la furgoneta, agazapados, esperaban los hombres, acariciando sus metralletas.

Y uno de ellos estaba en la esquina, esperando la señal de otro que permanecía en la avenida, vigilando la lejana aparición del coche acorazado que traería hasta ellos a su víctima.

Lane se coló en la furgoneta y agazapado, al lado de los hombres y la muchacha, dijo:

—¿Saben todos lo que tienen que hacer, no queda ninguna duda?

—Ninguna, señor Lane.

—Recuérdenlo, si no es absolutamente necesario, nadie disparará ni un tiro. Cuanto menos alboroto, mejor. Pero si los de la escolta quedan en condiciones de luchar después del choque, duro con ellos. Del «Mercedes» me ocuparé yo solo. ¿Está claro?

—Seguro.

Durante un instante, las miradas de Lane y de la muchacha se cruzaron. Ella sonrió:

—¿Crees ahora que puedo hacerlo yo también?

—Sí, supongo que sí...

Se oyó un silbido agudo, seco y perentorio.

Lane abrió las puertas traseras y gruñó:

—¡Ahí vienen!

Tomó un caja cuadrada y echó a correr hacía la esquina.

Lejos, las luces de dos coches se aproximaban a toda velocidad.

Hizo una seña, levantando el brazo.

Un hombre se había colocado tras el volante y el motor de la furgoneta zumbaba sordamente. Los otros se deslizaban a lo largo

de las paredes.

Los coches que se acercaban rugían ya a corta distancia.

Lane calculó su velocidad, la distancia y la incidencia de su marcha con la esquina...

De pronto, bajó el brazo y la furgoneta se lanzó pendiente abajo.

El chófer abrió la portezuela y saltó antes de la esquina.

El pesado vehículo rodó cruzando la avenida.

Los dos coches que se acercaban rugiendo llevaban una velocidad de más de cien quilómetros por hora.

El primer chófer vio la furgoneta demasiado tarde. El del segundo ni siquiera la vio.

Las ruedas del «Mercedes» chirriaron estruendosamente, mientras el chófer realizaba una desesperada maniobra para evitar el terrible choque.

Todo lo que consiguió fue ladear el coche, de modo que se estrelló de costado contra la furgoneta con un impacto brutal, y el estruendo de hierros aplastados.

La furgoneta saltó por el aire dando tumbos. El «Mercedes» también brincó, con todo un costado aplastado.

El otro coche le pegó de refilón al tratar de esquivarlo a su vez, de modo que el coche acorazado dio otro salto de costado mientras el auto de la escolta daba la vuelta de campana, volando y acabando con un impacto terrible contra la pared de la casa más cercana.

Para entonces, los hombres salían como sombras, las metralletas en ristre, dispuestos a acribillar al primero que se moviera entre aquel amasijo de hierros retorcidos.

Lane se lanzó hacia el «Mercedes». De un vistazo, captó al chófer aplastado contra el volante, con la cabeza hundida y esparciendo sangre a su alrededor.

Atrás, el gordo Zulueta estaba tumbado tratando de levantarse, aturdido.

Lane agarró un alambre que sobresalía de la caja y tiró ésta dentro del coche, por la rota ventanilla delantera.

Echó a correr y rugió:

—¡Todos fuera!

En cuestión de segundos, todo el paraje quedó desierto.

En algunas ventanas empezaban a asomar cabezas curiosas, expectantes.

Desde el primer estrépito del choque apenas si había transcurrido medio minuto.

Y de pronto, como la erupción de un volcán, el «Mercedes» estalló con tal estampido que los cristales de todo el barrio saltaron en pedazos. Una llamarada se elevó en medio de la calle, y los horrorizados espectadores de las ventanas vieron volar un enorme corpachón destrozado que, cual un pelele de feria, describió una parábola en el aire y fue a caer en la acera, muy cerca del retorcido montón de chatarra en que había quedado convertido el coche de la escolta, y entre cuyos hierros retorcidos se desangraban los sanguinarios esbirros que hasta entonces habían aterrorizado a la ciudad.

Jerry Lane estaba en la empinada calle de la que había descendido la furgoneta cuando se produjo el estallido. No se detuvo, sino que continuó alejándose pegado a las paredes y dando gracias a los dioses porque la luz pública fuese allí casi inexistente.

A medida que se alejaba oía el aullido de las sirenas alarmando a la ciudad entera. Pronto, lo sabía perfectamente, se organizaría la mayor cacería humana que se hubiera conocido, pero confiaba en salir indemne de ella si no lograban cazar a ninguno de los confabulados, que estarían ya camino de las montañas.

Cuando llegó al restaurante de Enríquez, la policía de Seguridad andaba loca rastreando las calles y los escondites más o menos conocidos de los opositores al régimen.

* * *

Los periódicos de la mañana encabezaban sus páginas con enormes titulares dedicados al atentado.

La figura del sanguinario Zulueta era ensalzada hasta convertirlo en un héroe, un recto, honesto y casi paternal jefe de policía caído en cumplimiento de su deber.

Por Jo demás, todos los estamentos políticos y sociales se apresuraban a presentar su condolencia al presidente, encabezados por los líderes de la oposición tolerada, Estrada y Almedo, que habían acudido personalmente a presentar sus respetos al presidente, y a dejar bien patente su indignación por el atentado, reiterando que lo condenaban públicamente porque ellos jamás

aprobaría la violencia de ninguna clase en su función política.

Lane leyó estas declaraciones y soltó un gruñido. Con su experiencia de todo tipo, no le asombraba en absoluto el cinismo, la doblez y la bajeza de aquellos hombres. Pero no dejaba de maravillarse ante la nueva demostración de la ruindad en unos individuos que ambicionaban gobernar a un país con la bandera de la libertad.

Arrojó los diarios a un lado, porque en ninguno de ellos halló lo que esperaba encontrar.

En los de la noche tuvo más suerte.

Seguían cantando las alabanzas del desaparecido jefe de la Seguridad y se extendían en una prolija relación de las personalidades que acudían a Palacio para presentar su adhesión al presidente.

Pero también exponían la ceremonia que tendría lugar al día siguiente, en el entierro, con todos los honores, del obeso Zulueta.

Y allí sí estaba lo que él había esperado.

Lo leyó un par de veces, asegurándose de los detalles, tomando nota mental de cuanto se preparaba.

Cuando acabó, había decidido el plan a seguir y el modo de llevarlo a cabo.

Sacó la maleta del armario y se puso a trabajar en el asa de grueso cuero. Al fin, la desprendió y de su interior extrajo un cilindro de acero de la misma longitud de la piel. Tras esto, volvió a montarla y no quedó rastro en la maleta de su manipulación.

Examinó el cilindro con cuidado. Era el más eficaz silenciador de rifle jamás fabricado por los artesanos armeros belgas. Satisfecho, sacó del armario el aparato de roscar que había conseguido por medio de los compañeros de Pedro y comparó el diámetro de éste con el calibre de la rosca interior del silenciador.

Volvió a guardar la maleta. Justo cuando se disponía a abandonar la habitación, llamaron a la puerta.

Titubeó unos segundos. Si había algo que no deseaba en esos momentos era verse acosado por la policía, ni siquiera para mostrar el pasaporte.

Al fin, abrió y casi saltó hacia atrás al ver a la muchacha en el umbral.

Laura se deslizó al interior de la habitación y ella misma cerró la puerta.

—¡Debes haber perdido el juicio! —masculló, furioso.

—Nadie me ha visto entrar, Jerry —susurró la muchacha.

—Te juro que me gustaría encontrar la palabra justa para decirte lo que pienso de ti, maldita estúpida... La ciudad está invadida por la policía. A ti te conocen y andan buscándote desde antes del atentado... y en lugar de largarte con tus amigos a las montañas, todo lo que se te ocurre es quedarte aquí para vivir una aventura romántica. ¿Qué infiernos tienes en lugar de sesos?

Ella sonrió.

—Corazón.

—¿Qué?

—Yo obedezco a mi corazón, no al cerebro, por eso estoy aquí.

—Ojalá estuvieras en el infierno —barbotó Lane.

—Tú dijiste que te irías..., y yo te dije que me iría contigo. Es así de sencillo.

—¿Sencillo? Mira, mientras yo siga obrando con inteligencia, todo lo que tengo que hacer para salir del país es abordar un avión y largarme. No sospechan de mí. Mi pasaporte está en regla y es así de sencillo. Pero, ¿y tú? ¡Condenación! Ni siquiera puedes mostrar un solo documento de identidad... ¿Cómo esperas salir del país en estas condiciones?

—No lo sé —dijo Laura, sencillamente—. Tú me ayudarás.

Lane soltó un bufido semejante al de una caldera a presión.

Sintió vivas tentaciones de retorcerle el cuello a aquella chiquilla que le complicaba de manera terrible todos sus proyectos.

Ella susurró:

—Sé que tú puedes conseguir todo lo que te propongas, Jerry.

—De eso puedes estar segura. Incluso tirarte por la ventana.

Reflexionó rápidamente. El tiempo volaba en esa noche que era su mejor oportunidad.

Encendió un cigarrillo, enfurecido y nervioso.

Laura fue a sentarse en el borde de la cama y desde allí esperó, sin dejar de mirarle.

Era la imagen más sugestiva que él viera jamás. Fresca y limpia como un manantial.

Quédate ahí —gruñó al fin—. No hagas el menor ruido, y si ocurre algo, tu única oportunidad es saltar por la terraza. Si puedo regresar veré de hacer algo por ti...; pero no te aseguro nada. Ni siquiera

que pueda volver.

Ella dio un respingo.

—¿Adónde vas?

—Estoy rematadamente loco al complicarme contigo, pero no tanto para confiarte eso también. Tardaré en volver... Quizá hasta mañana por la tarde no pueda estar aquí de nuevo. Tú verás lo que decides: o esperar o largarte.

Laura titubeó. Con voz que era un leve susurro dijo:

—¿No podría ir contigo?

El sacudió la cabeza.

—¿Seguro, Jerry?

—Seguro. O te quedas aquí o te vas, pero ya te he soportado bastante.

—Te esperaré.

Estuvo mirándola un largo rato. Poco a poco su ira se desvaneció.

Resueltamente, se encaminó a la puerta. La muchacha dio un salto y le alcanzó antes de que saliera.

—No dejaré que te vayas así...

Le rodeó el cuello con los brazos y sus labios se encontraron en un interminable combate de voluntades en el cual el placer tardó un tiempo en aparecer. Era como si la muchacha quisiera vencer sus reticencias con lo único que podía ofrecerle, porque no tenía otra cosa. Su amor.

Después, abruptamente, él la apartó y salió de la habitación. Tuvo buen cuidado de no llamar la atención al salir, excepto del conserje, al que entregó la llave del cuarto para que así quedaba patente que estaba ausente y de que no había nadie en la habitación.

Tras esto, salió y echó a andar, alejándose del hotel con los ojos muy abiertos, vigilantes. Toda su habilidad se puso de manifiesto en la manera de esquivar a las patrullas policíacas. Generalmente, los guardias iban de dos en dos, armados de metralletas. Desconfiados, apenas se separaban entre sí.

Media hora más tarde estaba en el distrito más mísero de la ciudad, en el laberinto de callejas, oscuras y siniestras que había recorrido un par de veces, aunque siempre de día.

Allí las patrullas eran escasas, quizá porque los guardias temían aventurarse por semejante laberinto hostil donde podían cazarlos casi con absoluta impunidad.

Lane se deslizó como una sombra hasta el lugar elegido de antemano y se agazapó allí pacientemente.

La primera pareja de guardias que pasó casi le rozaron sin verle. Ambos llevaban las metralletas en ristre, cautelosos.

Les vio alejarse, oyendo sus pasos hasta que se desvanecieron en la distancia.

Diez minutos después, dos más surgieron al otro lado y se detuvieron un instante.

En su escondite, Lane suspiró. Tanteó el suelo de tierra hasta que sus dedos se cerraron sobre una piedra.

Volteó el brazo y la arrojó al fondo del callejón. Produjo un golpe seco que en el intenso silencio sonó casi como una explosión.

Los dos policías dieron un salto, volviéndose. Oyó el seco correr de los cerrojos de sus fusiles y luego uno gruñó:

—Vigila que no pase nadie por este lado de la calle...

Y echó a correr pegado a las paredes en dirección al lugar donde había resonado el ruido.

Lane se deslizó de costado, despacio, silencioso como un fantasma, sin apartar la mirada ni un instante del guardia que, receloso, estaba rígido en la esquina.

Así llegó tras él, conteniendo el aliento.

Los pasos del otro apenas se oían, ahora vacilantes, buscando el origen del ruido.

Lane llenó sus pulmones de aire y saltó.

El borde de su mano derecha se abatió como un hacha contra el costado del cuello del guardia. Al mismo tiempo, la izquierda se aferró al fusil para evitar que rebotara contra el suelo.

El desgraciado emitió un quejido y se dobló. Le sostuvo para dejarlo sobre la acera casi amorosamente. Luego, con el fusil en las manos, le arrebató un puñado de cargadores de una cartuchera y se alejó pisando como un gato, doblando la esquina y encaminándose al tétrico recinto funeral distante apenas un cuarto de milla.

En la oscuridad destacaban las blancas lápidas y el mármol de los panteones. Recorrió el sendero, orientándose hasta descubrir la tierra amontonada y la lápida apoyada en unos palos un poco más allá.

Para mayor seguridad, se inclinó, leyendo las letras grabadas en el mármol.

Satisfecho, se apartó dirigiéndose recto hacia el siniestro muro de nichos que se alzaba al fondo, oscuro y triste en su soledad.

Los cuatro primeros pisos estaban cerrados por delgados tabiques de ladrillos lisos. En algunos, unas letras pintadas pregonaban el nombre del forzado inquilino, pero la mayoría ostentaban sólo un número.

Sobre todos ellos, se abrían las negras bocas de los que habían sido contruidos recientemente y que esperaban, como fauces de una bestia insaciable, las víctimas de la muerte para engullirlas para toda la eternidad.

Lane se colgó el fusil al hombro y empezó a encaramarse. Una vez arriba se deslizó dentro de una de aquellas bocas, que rezumaba humedad, y tendiéndose en ella miró hacia la fosa que a la mañana siguiente sería ocupada por los despojos del gran Zulueta.

Apenas pudo contener un gruñido de disgusto, por cuanto debían haber unos ciento ochenta metros de distancia. Un tiro endemoniadamente difícil, sin poder contar con una mira telescópica.

Doblemente difícil, porque él necesitaría más de un tiro.

A oscuras, sin importarle la proximidad de los muertos, sujetó el fusil entre las piernas, tanteó el extremo del cañón y, con el aparato que había traído, se puso a trabajar pacientemente.

CAPÍTULO XV

Antes del amanecer comenzaron a llegar los camiones llenos de policías.

Tendido en su guarida, Lane les vio desplegarse tomando posiciones por todo el cementerio. Apoyaron escaleras en las paredes de los nichos y se encaramaron en lo alto. Uno subió a menos de dos metros de aquél donde estaba oculto, pegado al oscuro fondo.

Más tarde, llegaron otros que ocuparon posiciones en los panteones, y alrededor de la fosa abierta.

Alrededor de las diez empezó a oírse el rumor de los coches allá fuera. Los guardianes de la entrada comprobaban la identidad de cuantos llegaban para asistir a la ceremonia y éstos, como perdidos, se adentraban en el cementerio y tras unas vueltas sin rumbo acababan acercándose también al lugar donde tendría lugar la ceremonia.

Lane tanteó el fusil, asegurándose de la perfecta unión del silenciador. Esperaba que funcionara bien, porque de ello dependería su propia vida. Era la primera vez que se arriesgaba de semejante manera, pero también era la primera vez que improvisaba un atentado tan arriesgado... por su propia cuenta.

Más tarde, ya no llegaron más asistentes al entierro. A pesar de la cantidad de personas apelotonadas, apenas si hasta él llegaba el menor rumor de conversaciones.

Sus ojos de halcón, acerados, inexpresivos, había al fin caído en un punto del gentío. Entonces, una sirena se oyó, primero lejana, después, aproximándose velozmente.

Cuando el presidente hizo su aparición hubo un pequeño revuelo y después la gente se arremolinó para dejarle el lugar de honor.

Lane masculló un juramento entre dientes.

Tendido como un gusano en el oscuro nicho, vio por primera vez al presidente. Avanzaba resueltamente, con energía. A aquella distancia se le antojó un hombre orgulloso y resuelto, con el pecho de su uniforme cuajado de brillantes condecoraciones.

Estrechó algunas manos y después hizo una seña.

Desde la entrada avanzaron unos oficiales de policía cargados con un lujoso féretro envuelto en la bandera nacional. Tras él, otros oficiales formaban el cortejo.

Lane apoyó cuidadosamente la culata en su hombro y tras apuntar unos segundos reguló el alza.

Ahora, los asistentes se habían separado un poco entre sí, formando un semicírculo para dejar paso a la comitiva que se acercaba con el féretro a hombros.

El presidente, rígido, paseaba la mirada sobre todos aquellos hombres serviles, muchos de los cuales estaba seguro que hubieran deseado que el ocupante del féretro fuera él. Lane le vio incluso sonreír con cierto sarcasmo.

Volvió a tomar puntería, asegurando la distancia, calculando velozmente la incidencia de tiro...

Aspiró hondo y después contuvo el aliento. Empezó a tirar suavemente del gatillo.

De pronto, la culata golpeó contra su hombro y dentro del nicho se produjo un leve soplido.

El hombre que ocupaba el cuarto lugar a la derecha del presidente dio un brinco, girando sobre sí mismo, y se desplomó.

Hubo un terrible revuelo a su alrededor, mientras se alzaba un coro de voces.

Lane introdujo otro cartucho en la recámara. El desconcierto se había apoderado de los policías, que corrían de un lado a otro, preguntándose unos a otros...

Alrededor del presidente habían cerrado un círculo los oficiales del ejército. Todos ellos tenían las pistolas empuñadas. Algunos de los asistentes trataban de dirigirse a la salida, pero eran rechazados por los guardias, que les obligaban a retroceder.

Lane chirrió los dientes. Si no se producía la estampida estaba perdido.

Volvió a levantar el arma, mientras sus ojos fríos buscaban a su nueva víctima...

Almedo discutía violentamente con los policías que le impedían llegar a la salida. La mira del fusil quedó fija en él...

Al fin, retrocedió a regañadientes.

Cuando recibió el terrible impacto de la bala dio un salto y un grito que resonó en todo el recinto. El grito fue como un toque de clarín

y ahora no hubo fuerza humana que pudiera contener a aquella gente enloquecida por el pánico.

Arrollaron a los policías de la entrada y en plena avalancha corrieron como gamos fuera del cementerio. Desde su escondite, Lane oyó la voz rotunda del presidente que rugía:

—¡Deténganlos! ¿Me oyen? ¡A todos!

Se produjo otra estampida, esta vez de policías, y una confusión increíble.

Hasta los guardias que estaban apostados en lo alto de los bloques de nichos bajaron para tomar parte en la inmensa redada, deseosos de distinguirse.

Lane se quitó los guantes y arrastrándose hasta el borde del nicho miró abajo.

No había nadie en las cercanías. Aferró las manos en el borde superior y se lanzó al vacío, contorsionándose en un alarde de músculos y fuerza.

Quedó tumbado sobre el techo de los nuevos nichos. Un instante después se dejó caer al exterior, recibiendo un tremendo batacazo sobre la tierra.

Permaneció inmóvil unos instantes. Aquella parte del cementerio estaba desierta por completo. Echó a andar hacia la esquina y atisbo.

Oyó las voces en la fachada principal, donde estaba la entrada. El volvió atrás y echó a andar alejándose campo a través hasta la barrera de árboles que le engulló protectoramente.

En el cementerio, el señor presidente estaba devanándose los sesos, preguntándose por qué demonios no habían disparado contra él, y sí en cambio contra los dos cabecillas de la oposición...

* * *

El hombre alto, de hombros recios, rodeó la cintura de la muchacha con un brazo y tomó la maleta con el otro, avanzando hasta el punto de control del aeropuerto.

La joven que le acompañaba tenía una hermosa cabellera rubia, vestía un elegante traje gris y usaba unas graciosas gafas oscuras que la defendían del ardiente sol que se desplomaba sobre las pistas.

El hombre mostró el pasaporte. El funcionario lo examinó, fijándose especialmente en las dos fotografías y en los nombres:

Míster Jerry Lane y *mistress* Margaret Lane.

Estampó un sello y volvió a examinar a la pareja.

La gente se impacientaba. La mayoría eran súbditos extranjeros que abandonaban el país, inquietos por los últimos acontecimientos.

Devolvió el pasaporte y esbozó un gesto de impaciencia.

Lane llevó a su «esposa» a través del cordón de policías hasta el exterior, siguiendo detrás de otros viajeros hacia el avión que esperaba a corta distancia.

Cuando el «Boeing 747» levantó el vuelo, la muchacha se inclinó hacia la ventanilla, tendiendo la mirada hacia abajo, hacia su patria atormentada, aquella tierra que quedaba atrás, quizá para siempre, cerrando un amargo capítulo de su joven vida.

Por debajo de las gafas oscuras se deslizaron las lágrimas. Cuando se volvió, el hombre sonrió y sus duras facciones parecieron humanizarse por primera vez desde que ella le conocía.

—¿Nostalgia, gatita? —susurró.

—¡Oh, Jerry..., lo hemos conseguido!

Impulsivamente, le rodeó el cuello con los brazos y quedó acurrucada contra su amplio tórax, sollozando quedamente.

Como si hablara consigo mismo, Lane murmuró:

—¿Has visto alguna vez que yo no consiga lo que me propongo?

—Sí...

—¿Cuándo?

—No has conseguido el medio millón de dólares. Lo perdiste.

—Bueno, ellos perdieron más.

La besó en los cabellos rubios, que aún olían a tinte.

Pensó en el porvenir y ahora supo sin género de dudas que había llegado definitivamente la hora de retirarse.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.
- Ray Brady.

- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.